

TRAZOS PASTORALES EN SAN PABLO *

por C. GANCHO

No es mi intento hacer aquí la exégesis detallada de las llamadas «Cartas Pastorales». Es claro que a ellas habremos de recurrir con frecuencia mayor; pero no nos reducimos a sus enseñanzas.

Tampoco interesa en primera línea la anécdota, aquel tinglado de gestos y normas empíricas circunstanciales que San Pablo llevó a cabo como cualquier otro apóstol con sentido de la realidad. Eso interesa también, y Dios mediante lo veremos; pero interesa mucho más la categoría, el pensamiento pastoral que orienta y da sentido a toda esa actividad y sus modos de realización.

La Pastoral, como la Moral, como la Ascética, no puede ser completa si no es Teología precisamente como sustantivo —las calificaciones diferenciadoras no pasan de adjetivos—. La Teología Pastoral supone una relación directa a Dios, al sobrenatural; supone y postula la base de un dogma doctrinal. Ese pensamiento básico que tiene luego y por esencia una proyección pastoral es lo que pretendemos atrapar con estos buceos en los escritos y actividad de Pablo.

Respondo en seguida que no se trata de formular todo el pensamiento teológico paulino; su misma acción nos irá señalando en concreto los puntos doctrinales en que se sustenta; y bastará, por tanto, con reducirnos a tales puntos para encontrar apoyo a nuestras disquisiciones.

Este sentido de límite orienta nuestra bibliografía, marca el ritmo de nuestra exposición y alinda el campo preciso de nuestro trabajo sobre la compleja y riquísima personalidad del apóstol San Pablo.

Nos interesa Pablo actuando como pastor de almas y justificando e

* Este ensayo reproduce en sus líneas generales las lecciones del cursillo que dio el autor a los alumnos de Pastoral en la Universidad Pontificia de Salamanca durante la última semana de enero de 1961.

«Salmanticensis», 8 (1961).

iluminando su conducta con los principios doctrinales; las fuentes, pues, van a ser los Hechos de Pablo (2.^a parte de los Hechos de los Apóstoles) y sus cartas.

Método. — En el punto de partida cabían dos direcciones o modos de realizar la búsqueda: a) El método del *relleno*, que podíamos decir, consistente en anotar los apartados principales que señalan las obras y manuales de Pastoral para colmar luego ese molde con el vaciado de los datos —textos y gestos— del Apóstol. Con lo que de resultas podríamos encontrarnos con una Pastoral perfilada en sus líneas directrices y en muchos de sus pormenores hace ya mil novecientos años. El resultado sería interesante, curioso: pero poco sincero. Tal método se ha aplicado en los estudios de Teología Bíblica que partiendo de nuestros dogmas formulados han acudido a la Biblia para su confirmación. El trabajo escolástico incide en esta dirección; en los últimos años es célebre la *Theologia Biblica* de F. Ceuppens, o. p., en varios volúmenes siguiendo el temario y disposición de la *Summa Theologica* de Santo Tomás; algo parecido ha hecho el P. Bover en su *Teología de San Pablo*. Lo que pierde este método en originalidad y palpitación histórica lo gana en claridad y síntesis.

b) Cabe también el método de *pura búsqueda*, en que partiendo de un punto neutro —que no hay por qué identificar con la duda cartesiana— inquiere ante todo los datos directos del mensaje, atiende a su propia formulación, a las posibles oscilaciones y progreso, al factor psicológico del hagiógrafo perfilando sus peculiaridades y aportación personal en cada momento histórico de su acción o escritos, y sólo al final se permite la síntesis y encuadre respetando las exigencias de la historia aún en perjuicio de la simplicidad didáctica. La moderna dirección de las Teologías Bíblicas pasa por este meridiano.

Algo parecido hemos preferido aquí, por estimar este método históricamente más exacto y científico. Podría agregar que se me antoja más respetuoso, más humilde, ya que atiende a todos los detalles y preocupaciones del hagiógrafo, detalles y preocupaciones que tal vez no responden a nuestra mentalidad y gustos modernos, o que, al menos, se encuentran a diversa altura de la que nosotros les concedemos hoy en la escala de valoración.

El estudio de nuestro tema presupone además la identificación de Teología Pastoral con Apostolado; más que la nomenclatura interesa la realidad fundamental idéntica bajo ambos términos.

En su concepto simplicísimo *Apostolado* es un llevar por encargo de arriba a Cristo y su mensaje a los hombres; *Pastoreo* es un cuidar y cultivar ese Cristo y ese mensaje en el alma de los hermanos. Ambas formas arrancan de Dios, las realiza un su enviado y versan sobre el mismo

objeto: la cristianización de los hombres —como medio— en orden a la salud divina —como meta—. Todo arranca de la iniciativa amorosa de Dios que ha querido revelarse y darse, y en lograr esa participación de vida divina en los hombres culmina la obra mediadora de Cristo y su prolongación en la Iglesia ¹.

EL HOMBRE PABLO

Buscar en Pablo un tratado teórico de Teología y metodología pastoral bien articulado y pensado en sus detalles tendría el mismo sentido que pretender de Napoleón un tratado de las batallas. Estudiar cualquier punto en el Apóstol no tiene significación completa sino tras el estudio del hombre; quizá sea esto rasgo personal de todos los genios de acción y Pablo lo es en grado eminente.

Caliente está todavía la discusión entre sus comentaristas de si es un rabino o un rétor griego. Tal encuesta no puede entablarse sino tras la solución de un problema más radical en su personalidad, que hurga las raíces mismas de su ser: ¿Pablo es un teórico, o un hombre de acción?

La consideración de su múltiple y pasmosa actividad y el análisis de sus Cartas donde ha volcado su alma, no dejan lugar a dudas: Pablo es hombre de acción por constitución síquica y por vocación sobrenatural y consciente. Aún en las cartas más especulativas, como a los Romanos, la garra de Pablo traza rasgos personalísimos. El hecho mismo de que toda su producción literaria se reduzca a epistolario en exclusiva nos confirma en el juicio, pues ningún género literario de la antigüedad se presta mejor al desahogo personal, a la proyección dinámica de un temperamento activo. Son éstas efusiones tan repetidas y personalísimas aún entre las más altas elucubraciones teológicas las que han ofuscado la visión de tan sagaz oteador de estilos como Deissmann, al pretender encasillar los escritos de Pablo entre las «cartas» familiares (como contrapuestas a las «epístolas» de más amplio vuelo doctrinal), forzando un cotejo y paralelismo que suprime la específica complejidad paulina ².

La verdad es que Pablo por su dinamismo constitutivo todo lo toca de su personalidad arolladora, lo matiza con su visión peculiar, de donde hace reventar los encasillados apriorísticos. Aún reconociendo el tópico de la expresión no puedo por menos de repetir que en pocos casos habrá sido tan verdad la palabra de Boileau: «el estilo es el hombre». Pablo se hace

1. F. AMIOT buen conocedor de San Pablo ha centrado los temas fundamentales de la teología paulina en torno a «la salud», cf. *Les idées maitresses de saint Paul*, Paris, 1959.

2. Cf. J. CAMBIER, *La vie et l'oeuvre de saint Paul en Inrtod. à la Bible*, II. *Nouveau Testament*, 387.

su estilo —Sabatier lo ha subrayado con gran belleza literaria, cf. *Prat*, I, 85— con mayor intervención de patente personal que el común de los viejos escritores por su reciedumbre temperamental de hombre de acción.

Por ello no es posible calibrar su pensamiento sin al menos un bosquejo de su actividad desbordada. Tanto más que aquí, en concreto los escritos no son sino el eco de su incansable faena apostólica hasta tal punto que no es difícil encontrar en sus cartas huellas (kerigmática, moral, litúrgica...), de la vida de las comunidades primitivas (cf. J. Cambier, o. c., *Introduction à la Bible II Nouveau Testament*. Paris (1959) 388).

Pablo escritor es siempre apóstol, misionero, pastor, jefe religioso.

Pablo ha sido un hombre en movimiento hasta en el sentido más elemental del *motus* como cambio de lugar geográfico.

Nacido en los prieros años de la vida cristiana — *νεανίας* en el martirio de Esteban (Act. 7, 5), expresión que en la antigüedad calificaba a un hombre de 30 y hasta 40 años según San Ireneo—, en Tarso, capital de Cilicia, Pablo hace su primer gran viaje todavía mozalbete a Jerusalén por motivo de estudios. A los pies de Gamaliel (Act. 22, 3), ha debido estudiar la Ley como lo hará todo más tarde, y como quería Platón, «con toda su alma»³; él mismo viene a decirnos que era el primero en la clase (Gál. 1, 14), poniendo en el aprendizaje de la Sagrada Escritura idéntico afán al que pondrá en la vida para defenderla.

Bonsirven tras largo y minucioso estudio de los métodos exegéticos del Apóstol concluye que Pablo es un rabino convertido en evangelista cristiano⁴.

Si la cultura rabínica de Pablo no puede ponerse en duda, no ocurre lo mismo con su formación helénica como forma cuajada de pensamiento; las tres citas de poetas griegos no bastan a sustentarla por ser todas tres del dominio popular (cf. Act. 17, 28; 1 Cor. 15, 33; Tit. 1, 12). Otro tanto cabe decir del género literario «diatriba»⁵ y aun de ciertas expresiones y formas de enjuiciar que le acercan sorprendentemente, máxime en las Pastorales, según ha subrayado Spicq en su comentario, a los estoicos.

Ya entonces debió aprender el oficio manual de *skēnopoios* que tanto le servirá en su apostolado; también esto entraba de lleno en la mentalidad rabínica: «quien posee un oficio es como viña cercada y quien no lo tiene es como viña abierta a los ganados y a las fieras. Quien no enseña a su hijo un oficio le enseña a robar», así R. Gamaliel⁶.

Completados los estudios debió volver a su ciudad natal toda vez que no

3. Cit. en BRUNOT, *Le génie littéraire de saint Paul*, Paris (1955) 101.

4. *Exégèse rabbinique et exégèse paulinienne*, Paris (1939) 348.

5. Cf. LAGRANGE, *Épître aux Romains* introduc.; SPICQ, *Les Épîtres Pastorales*, XXVIII s.

6. BONSIRVEN, *Textes rabbiniques*, Roma (1955), n. 1.594.

parece haber conocido de vista al Señor, aun cuando no todos los comentaristas piensan así (cf. 2 Cor. 5, 16). En el martirio de Esteban aparece de nuevo en Jerusalén y ya como hombre de acción y de relieve puesto que preside la lapidación (cf. Act. 7, 58ss.), y su fanatismo por la Ley encuentra cauce para la acción organizando una caza furiosa de cristianos (9, 1s). Pero es preciso insistir en el hecho de que antes que Cristo le sorprenda Pablo actúa con desbordado celo y con no menor sinceridad (cf. 1 Cor. 15, 9; Gal. 1, 13; Fil. 3, 6; 1Tm. 1, 13).

En el momento mismo de la conversión, Pablo pregunta por su nuevo quehacer «¿qué haré, Señor?» (Act. 22, 10) porque un hombre de su cuerda y cultura bíblica sabe que todo viraje positivo en el camino de Dios, el cambio en la forma de pensar y sentir — *μετάνοια* — implica siempre en la mente y doctrina de los profetas un esfuerzo tan real como concreto, siempre encauzado a la acción como expresión de la íntima sinceridad de la «vuelta» a Dios ⁷. El Señor revela al discípulo Ananías el programa apretado que espera al neoconverso: «es el instrumento que me he elegido para que lleve mi nombre ante las naciones..., yo le mostraré cuánto tiene que padecer por mi nombre» (Act. 9, 16).

Su estructuración anímica y la milagrosa vocación divina trazan el fatigoso itinerario de este incansable y audaz caminante.

Los últimos 16 capítulos de *Actos* podríamos llamarlos con más propiedad «Actas o gestas de Pablo», pues que la narración de san Lucas no tiene ya otro protagonista. Y aunque el Pablo que se retrata a sí mismo en las Cartas sea más vigoroso, por más íntimo y auténtico, que el que nos presenta el evangelista médico por aquello de Harnack que «no todo Aquiles encuentra su Homero» ⁸, los *Hechos* reflejan de modo claro el ímpetu y acción misioneros y pastorales de nuestro héroe. Las convergencias entre las dos imágenes hay que buscarlas, en expresión de Cerfaux, más en la hondura que en la superficie ⁹.

No vamos a seguir en detalle este caminar de Pablo en sus grandes viajes misionales. Nos remitimos al libro de los Hechos.

Hecho prisionero en Jerusalén, pasa dos años en la prisión de Cesárea y llega a Roma encarcelado en la primavera del 61. Concluido favorablemente el proceso ante el emperador, aún realiza nuevos viajes misioneros a España y a Oriente. Desde Macedonia escribe I a Timoteo, a Tito, y, de nuevo en la cárcel de Roma —hacia el 65-66— la II Timoteo, que constituyen el trío de las Pastorales. Muere en Roma, probablemente hacia el 67.

7. Cf. *La Ascética de los tres primeros Evangelios*, Verd y Vid 18 (1960) 406.

8. Cit. en SIMON, *Praelectiones Biblicae, N. T. II*, Turin (1930) 16. n. 2.

9. *Introd. à la Bible II*, 362.

PABLO PASTOR

El interés espiritual y hasta literario de la Pastoral que Pablo nos ofrece, radica precisamente en su carácter vivo, en lo que ahora llamaríamos su carga existencial: Pablo formula sus principios pastorales *actuando* como pastor y cura de almas. Pero ahí estriba también la dificultad que su comprensión nos ofrece a nosotros hombres de libros y con formación y mentalidad marcadamente lógicas y abstractas.

Hemos convenido en, si es preciso, sacrificar la lógica rectilínea a la amplia sinceridad, que aquí no es sino el respeto humilde a la palabra revelada, al mensaje del Apóstol que ha sido calificado como «el primero después del Único» (Deissmann). Urge, por tanto, una actitud espiritual abierta, lo que quiere decir, que no podemos cerrar el círculo de síntesis de una Pastoral paulina sin antes andar mucho camino de la mano del Apóstol, gran caminante y oteador de amplísimos horizontes.

Pablo ni siquiera ha actuado con afán de experiencia que habrá luego de consignar por escrito para la posteridad. Como los otros apóstoles no ha pensado durante muchos años en manejar la pluma: su primera carta a los Tesalonicenses no aparece hasta después de quince años de su conversión y nace como fruto de las circunstancias, para él como pobre sustituto de la predicación oral, de la palabra viva que fue desde el principio y a la que Cristo —la Palabra personal, el Logos de Dios— había encomendado su mensaje salvador. Esa es la que cuenta sobre todo, los escritos son siempre ocasionales, las cartas son *tracts for the times*, siempre subordinadas al acaecer cotidiano.

En la medida en que uno maneja y medita la Biblia se convence cada vez más de la importancia decisiva que Dios concede a la historia, que no es sino la actualización existencial, empírica, de tejas abajo, de su Providencia orientadora y eficiente. Y esa historia la hace el hombre no con la pluma, la hace con su acción y su palabra —aún quienes nos consagramos al estudio tarde o temprano nos percatamos de cuánta vida queda fuera de los libros como torrente que rebasa y desborda el canal de artificio—. También para Sócrates el supremo magisterio correspondía a la enseñanza oral y viva.

La «Biblia-escrito» ha surgido, como de rechazo, de la «Biblia-historia», de la «Biblia-revelación», de la «Biblia-oración-dolor-y-esperanza». La Biblia no es sino el eco quedado de los pasos e intervenciones de Dios en la historia del hombre.

La digresión no me parece inoportuna porque iremos viendo cómo la línea de conducta y de pensamiento de Pablo es profundamente bíblica y, por lo mismo, en funciones de la historia y acontecimientos de cada día.

La historia también cuenta para él no sólo en cuanto que es hombre de gran sentido común y sabe que toda acción eficaz y duradera ha de tener en cuenta las circunstancias concretas. Cuenta, sobre todo, porque es el campo de la revelación e intervención de Dios; cuenta porque el mensaje cristiano va constitutivamente conectado con la persona y acción histórica de Jesús. La historia no es para Pablo abrupta pendiente que le lleva al relativismo, es el camino real que le conduce a la valoración objetiva de la realidad sobrenatural que es la revelación de Jesús. Todavía más; la historia que nosotros hemos dado en llamar profana es para Pablo realidad sacra como lo eran las nubes y el fuego en las teofanías del Antiguo Testamento. Y no es por la mera sobrenaturalización de los sucesos que podría poner un místico en el torrente de lo que estima profano o al menos indiferente y neutro; es que para Pablo, después de la vida de Jesús, no hay provincia alguna del ser, del cosmos, del hombre, que sea tierra de nadie; toda la realidad en su misma raíz óntica es religiosa, está conectada con un Dios personal que la trasfigura desde su más íntima hondura, toda la geografía es cristiana, de Cristo y para Cristo.

Si alguno me pregunta dónde vamos, le respondo y recuerdo que en busca de la Pastoral, en una ascensión que no es sino el esfuerzo sincero de acercamiento a las alturas en que se mueve y planea el águila real que perseguimos. Para Pablo para quien es importante el velo de las mujeres y lo relaciona con los ángeles y el sentido histórico y providencial de los sexos, no creo que sea demasiado alto nuestro intento de valorar, a la escala de él, su concepto de Apostolado y Pastoral.

La preparación.

1. En la vieja concepción más milagrera, o menos humana, de las Sagradas Escrituras, el bagaje humano de los profetas y hagiógrafos, contaba muy poco. A los exégetas anclados en el concepto y función de «instrumento» —con fuerte dosis de mecanismo— les interesaba casi en exclusiva la acción divina directa que capacitaba a sus elegidos con influjo tan vigoroso que la pobre aportación del hombre se diluía sin dejar huella personal; de ahí que la inspiración se trataba de hecho casi siempre como verdadera y estricta revelación; por ello también contaba tan poco la historia para la exégesis.

Un concepto no menos respetuoso —a pesar de las apariencias en muchos casos— y sí más realista, ha puesto las cosas en su justo medio, valorando toda la aportación que los hombres han dejado en el Libro Santo. De ahí que no podamos ni debemos prescindir de los elementos humanos —innatos y culturales— que lleva Pablo consigo al entregarse a Cristo en el camino de Damasco.

Hasta ahora quedan anotados tres elementos que estimamos de gran interés para su comprensión: 1) carácter dinámico volcado a la acción; 2) buena formación bíblico-rabínica; 3) amplia valoración de la historia como *res sacra*, lo cual en gran parte es consecuencia de los datos anteriores y psicológicamente delata a un hombre de realidades concretas, realista, observador sagaz de la vida, las cosas y los hombres. Este último punto volveremos a contabilizarlo al pasar revista a sus métodos pastorales.

A nadie escapará que estos datos captados con sinceridad y hasta independencia son típicamente pastorales al menos en germen.

2. Los datos humanos consignados y otros que no desenvolveremos por más conocidos —inteligencia aguda y vasta, voluntad tenaz, sensibilidad exquisita, manejo suelto de tres o cuatro lenguas...— y que tendremos ocasión de anotar al filo del análisis posterior, por brillantes y vigorosos no son capaces de sustentar y explicar la amplitud y matices de la concepción y actividad apostólicas de San Pablo.

De necesidad hay que echar al menos un vistazo a su dotación sobrenatural y carismática. La sinceridad humanísima de nuestro héroe nos facilita en gran manera la entrada a su maravilloso mundo íntimo siempre tan complicado para el ojo del hombre. Pablo, además, es hombre de fe y su visión profunda nos ayuda a la recta y creyente valoración de su personalidad de hombre de Dios.

Hasta tal punto siente la palpitación del sobrenatural y su conciencia viva de elegido que muchas de sus confesiones no podemos enjuiciarlas con los criterios de una psicología natural, ni siquiera tradicionalmente «piadosa», porque un santo ordinario —si vale la palabra— no revela así las gracias extraordinarias que Dios le ha concedido; para ello es precisa una cierta connaturalización con el mundo secreto de lo divino.

a) Pablo, hombre de reflexión densa, ve toda su vida impulsada por un latente designio de Dios que le va marcando los pasos. Como los profetas¹⁰, sabe que todos los acontecimientos de su vida —¡aún las aberraciones!— tienen en la voluntad de Dios una proyección apostólica y ejemplar: «cuando plugo a Quien me seleccionó desde el seno materno y me llamó por su propia gracia a revelar en mí a su Hijo para que yo lo anuncie entre las gentes...» (Gal. 1, 15 s); «se me hizo misericordia para que en mí el primero manifestara Jesucristo toda su longanimidad haciendo de mí un ejemplo para quienes han de creer en El» (1 Tim. 1, 16). Sus mismas deficiencias personales (salud precaria, pobre apariencia externa, falta de elocuencia...), de las que es consciente, las ha enlazado con la historia

10. Las resonancias proféticas del cuadro de su conversión las ha valorado recientemente M. MIGUENS, *Pablo prisionero* LA 8 (1958) 48 ss.

y obra de la salud redentora sabiendo que Dios se sirve de ellas para sus planes misericordiosos; cobran valor y sentido de la cruz y debilidad de Cristo que realizaron la redención primera (cf. 1 Cor. 2, 5; 2 Cor. 13, 3 s.).

En el profeta Jeremías, con quien Pablo guarda tanto parecido en lo duro de su misión y en la intimidad que cultiva con Dios que le envía, leemos: «se me enderezó la palabra de Yahvé en estos términos: antes de formarte en el útero materno, yo te elegí, te consagré a mí antes que salieras del seno y te constituí profeta de las naciones» (1, 4-5). Como Jesús mismo —es San Lucas el evangelista que más vigorosamente ha subrayado esta «necesidad», *dei* que preside los actos del Señor, cf. 2, 49; 4, 43; 13, 14. 33; 19, 5; 22, 37; 24, 44— Pablo siente la urgencia de este llamamiento que le constriñe y fuerza al apostolado aún a sabiendas de su dureza y dificultades (Act. 14, 22; 1 Cor. 9, 16; Ef. 6, 20).

Con la misma clarividencia y franqueza confiesa que lo ha cumplido generosamente: valga por otros muchos textos su palabra a Timoteo en visperas de su martirio sangriento: «he combatido el hermoso combate, he acabado mi carrera, he guardado la fidelidad...» (2 Tim. 4, 7; cf. 2 Cor. 15, 10) ¹¹.

Ello ha sido posible porque a lo largo de sus treinta años de misión y pastoreo ha hecho del apostolado la obsesión dinámica y exclusiva de su vida: «yo he sido hecho ministro de la iglesia en virtud del cargo que Dios me ha confiado de dar cumplimiento a su palabra entre vosotros» (Col. 1, 25); es plenamente sabedor de no tener otra finalidad, de que ha venido a la existencia justo y sólo para eso. Jamás un hombre ha visto tan claro su destino en el mundo y pocos se han acomodado a la empresa con su entrega y generosidad a ultranza.

b) Respuesta tan total y limpia no se explica sin algo todavía mucho más trascendente en la vida de Pablo: *su amor a Cristo*.

Para el Apóstol, la historia y la vida no tienen sentido sin Cristo; pero él sin Cristo, sin su amor, sin su obsesión —siempre pienso en el capit. 20 de Jeremías por el pathos tan semejante que aletea en estos dos hombres de tan grande corazón— queda vaciado de su vigor, invertebrado, desmedulado. Aquí tendríamos que volcar sus cartas completas porque Cristo aparece por doquier: cientos de veces su nombre y siempre su vigencia y proyección. La salud, la sabiduría, la vida son —y éticamente deben ser— cristianas, es decir, de Cristo y para Cristo, porque en Cristo están sostenidas y explicadas; el pecado es ofensa a Cristo, negación de su persona

11. Así por ejemplo ESTIUS: "*fidem* intelligit quam miles imperatori, quamque minister ac dispensator Domino suo debet, id est fidelitatem». *In omnes Pauli Epistolas*, Maguncia (1843) 342. Cf. J. M. BARTON, "*Bomun certamen certavi... fidem servavi*" (2 Tim. 4, 7). B 40 (1959) 881 s.

y de sus derechos; la fornicación es humillarle a los pies de una prostituta, las rencillas y banderías equivalen a su atroz descuartización (*divisus est Christus?*), escandalizar a un hermano es hacer fracasar la redención para él. Por el contrario, la perfección máxima de la caridad no es posible sino desde Cristo, desde el amor máximo de Dios que Él nos ha manifestado, desde su entrega sin límites que posibilita y estimula la nuestra —el mismo elogio de la caridad en 1 Cor. 13, es como un comentario a la vida de Cristo ¹².

La iglesia es la proyección histórica permanente y soteriológica de Cristo, es su *pléroma*, su complemento y plenitud; el apostolado que se realiza dentro de ella es un llevar a Cristo a los hermanos; el cielo es un estar con Cristo ¹³; la vida del hombre creyente se sostiene por la gracia de Cristo y la encendida esperanza de verle. Por Cristo el cristiano valora las cosas de modo tan peculiar y paradójico que trastrueca en raíz los normales criterios humanos y ya más vale dar que recibir (cf. Act. 20, 35) y más aprovecha el dolor que el placer (cf. 2 Cor. 11, 30; 12, 5 ss.). Es Cristo quien realiza la nueva creación cuya plenitud y rehabilitación redundan hasta en los seres inanimados; por Cristo y para Cristo se decidió Dios a salir de Sí con la primera creación y Cristo será quien la devuelva al Padre recapitulada y sublimada en Sí mismo (cf. 1 Cor. 15, 24 ss.: Ef. 1, 10, 22 s.).

Este Cristo no es una idea, un mito lejano y flúido al modo de los *eones* alejandrinos; es una persona viva, con carne real incrustada en una raza, persona histórica con antepasados y connacionales, persona humanísima que ha amado, llorado y rezado, persona concreta que vive en el cielo cabe el Padre y en la intimidad de cada cristiano y en medio del culto litúrgico que la iglesia celebra, que ama a cada hombre con tensión peculiar, que ama a Pablo de modo tan peculiar que también él, como Juan, podría apellidarse «el discípulo a quien ama Jesús» (cf. Gal. 2, 20). Para Pablo no hay más que este Jesús, el Jesús de su fe que es el Jesús de la historia, sino que exaltado y sublimado a la esfera del pneuma (Rom. 6, 9).

Repito que si suprimimos todo esto de la mente y el corazón de San Pablo, asolamos su personalidad y mensaje, y no será posible encontrar al pastor.

c) A más de la vocación sobrenatural cuya eclosión decisiva se realiza en el llamamiento físico del camino de Damasco, y amén de la polarización total que Cristo ejerce sobre Pablo, hay que tener en cuenta en esta

12. Cf. J. VOSTE, *Studia Paulina*. Roma (1941) 219 s.; SPICQ, *Agapè dans le Nouveau Testament*, II Paris (1959) 279, quien muestra cómo en otros muchos pasajes de Pablo «Cristo» y «caridad» (=predilección sobrenatural basada en un juicio de estima) se identifican: 1 Cor 1, 30=Ef. 1, 4; 1 Cor. 16, 14=Rm. 5, 15...

13. Cf. J. DUPONT, *Syn Xhristo. L'union avec le Christ suivant saint Paul*, Brujas 1952.

síntesis de elementos sobrenaturales el *carácter carismático* que presenta, y digo *carácter* y no simplemente *matiz*, porque es algo que marca muy hondo su actividad.

También aquí Pablo prolonga la trayectoria histórica de los profetas, los «hombres del espíritu» y «boca de Dios». En 1 Cor., él, que no se cuida para nada de la sabiduría humana —anhelo vivo de los griegos—, se sabe y proclama poseedor de una sabiduría superior que no es la común a todos los cristianos, sino fruto de especial revelación de Dios y su Espíritu, sabiduría que es el pensamiento mismo de Cristo por el que penetra donde no puede llegar el hombre «animal», aquel cuyo principio de operaciones no es el pneuma, hasta «las profundidades de Dios» (3, 6-16). Y aunque el «espiritual» se mueve en una esfera tan alta que el profano no puede seguirle ni «discernirle», Pablo regula sus manifestaciones carismáticas y dispone su empleo eclesiástico estableciendo su escala de valoración en razón precisamente de su utilidad pastoral (cc. 12-14). En la vibrante autoapología de su apostolado, en 2 Cor., habla del rapto, visiones y revelaciones maravillosas que ha experimentado ya antes de su ministerio y que sin duda han configurado su enjuiciamiento de la realidad de cara abierta al mundo escondido de Dios (c. 12). San Lucas, hablando de la estancia del Apóstol en Efeso, anota que «obraba Dios por las manos de Pablo, milagros no vulgares» (19, 11) relatando algunas curaciones y resurrecciones de muertos (cf. Act. 14, 10; 20, 10; 28, 8 s.).

Este contacto experimental con el mundo trascendente nos aclara la facilidad con que San Pablo recurre a principios y conexiones sobrenaturales aún para cuestiones que a nosotros pueden antojársenos baladíes. La experiencia frecuente de las realidades del espíritu aguza su fe teológica, cristianiza toda su personalidad hasta las fibras más íntimas y le proporciona siempre soluciones de cara a Dios. Aún en las funciones más empíricas del gobierno pastoral nunca se nos presenta Pablo como un burócrata aburguesado, o como inspector laico; tendremos múltiples oportunidades de constatar que su acción está siempre transida de fuerte corriente sobrenatural. En el Apóstol el acorde entre la fe, lo jerárquico y lo carismático es perfecto; de ahí la dificultad del análisis y el peligro de desequilibrio al pretender nosotros subrayar cualquiera de los mencionados aspectos; pero su pastoral es también por ello vasta en sus alcances y logros y unitaria en la concepción.

PRESUPUESTOS OBJETIVOS DE UNA PASTORAL

Hasta el presente hemos visto lo que podríamos designar como *los preliminares psicológicos de la Teología Pastoral* de San Pablo, de todo punto necesarios para el enfoque objetivo de su pensamiento por la carga personal que pone en todo y por ser hombre que en su magisterio escrito —ahí está la suma decisiva de su doctrina— arranca del magisterio oral y vivo y porque a la acción lo encamina.

Pero por ser Pablo lo contrario precisamente de un pragmatista, ya que es hombre de principios, se impone —dada la sinceridad humilde de nuestra búsqueda— al menos una ligera referencia a los presupuestos doctrinales sobre los que se asienta su construcción y realización empírica del pastoreo cristiano.

Cualquiera puede ver enseguida que a poco que nos descuidemos deberíamos formular aquí toda la concepción teológica de San Pablo; por ello vamos a ceñirnos a los puntos indispensables. Hemos definido de modo amplísimo la Teología Pastoral como «un cuidar y cultivar a Cristo y su mensaje en el alma del hermano por encargo de arriba, de Dios». En conformidad con los elementos integrantes de esta definición descriptiva vamos a completar nuestro estudio.

1. Dios. — Pablo no sólo es un semita cuyas categorías mentales históricas y psicológicamente son teístas, sino que además, y sobre todo, es un judío educado por la Biblia —recordemos que las posibles influencias profanas se perfilan cada día menos decisivas y consistentes de lo que otrora se pensaba.

En efecto, la teología del discípulo de Gamaliel es la teología de los profetas, y en eso no se distingue de los restantes del Nuevo Testamento quienes ni tienen ni pueden tener una doctrina original de Dios¹⁴; la revelación definitiva completará el concepto de Dios desvelando el misterio de la Encarnación, de la Santísima Trinidad, etc., pero sin negar nada de la vieja concepción teológica.

Dios —con sus múltiples denominaciones que inciden en la soberanía y trascendencia...— es un Dios *vivo*, tan misterioso y más que la misma vida, pero como ella «datum innegable»¹⁵. Aun cuando en el Nuevo Testamento el apelativo no sea de los más frecuentes, late la idea en todas las cualidades y operaciones que se le atribuyen: su poder, su ciencia, la pro-

14. Cf. R. MEHL en *Vocabulary of the Bible* (Von Allmen), Londres (1958) 146a.

15. E. Jacob, o. c. 141b; Quell, ha estudiado esta realidad en el Antiguo Testamento para el largo artículo del *Theologisches Wörterbuch* (Kittel-Friedrich) III, 79-90. Respecto del Nuevo Testamento lo ha estudiado Stauffer, ib. 100-123.

videncia que ejerce sobre los pueblos, los hombres, Israel, etc., su justicia que castiga y salva, su piedad, su amor... no son otra cosa que fulgentes reverberos de su vida torrencial. Dios crea, da la vida a los hombres y animales por su soplo vivificante, por su espíritu, porque El vive en plenitud; los seres empiezan a vivir cuando El les comunica su soplo y mueren cuando se lo retira; sólo El posee la vida en propiedad incondicionada, los otros la tienen de prestado (cf. Salmo 104, 29 s.). Con el supremo don que es la vida, Dios concede la salud, la fuerza, la inteligencia, las riquezas, su benevolencia, su perdón, su gracia.

Aparece siempre dueño absoluto de la historia, de los imperios que maneja a su placer. Pero no es un Dios tirano ni caprichoso al modo de los déspotas orientales; aunque a su lado no hay ningún otro Dios a quien tenga que rendir cuentas es *justo y santo*. Ninguna otra cualidad ha llamado más vivamente la atención de los profetas para quienes Dios no sólo es el Señor del cielo y de la tierra, el Dios del poder y de la gloria, si que también el Dios que exige el corazón y la santidad del hombre porque El es santo y ama y es modelo altísimo del hombre a quien con tanta condescendencia «creó a su imagen y semejanza» (Gen. 1, 26 s.; Lev. 11, 44; 20, 7. 26...).

Da mucho, o mejor, todo, y exige también; por ello pacta con el hombre, con su pueblo, para unirlo a Sí. Es el Dios de la moral, del corazón; del amor. Para Pablo este Dios no ha perdido nada de su altura y trascendencia: «para nosotros no hay más que un Dios, el Padre de quien todo procede y para Quien somos nosotros» (1 Cor. 8, 5 s.; cf. Act. 17, 24), abisalmente sabio (Rom. 11, 33; 16, 27); rey inmortal de los siglos que habita en luces inaccesibles (1 Tim. 1, 17; 6, 16). Entre las notas trascendentes de Dios, Pablo subraya con predilección su sabiduría.

Sin perder nada de esto en su Teología ocupan lugar preeminente los atributos soteriológicos, aproximadores. Con predilección insiste en la temática de la misericordia, del amor, de la intimidad, de la generosidad divina que logran su apoteosis y floración en la obra redentora de Jesús que se perpetúa con vigencia presente y confortante en la Iglesia, la Iglesia de Dios.

Dios vivo manifiesta su plenitud de vida vivificando cuanto existe (cf. 1 Tim. 6, 13), resucitando los muertos y de modo especial y potentísimo a su Hijo como había vivificado el seno amortiguado de Sara y la vejez de Abraham (cf. Rm. 4): Dios dador de vida en todas sus manifestaciones y posibilidades, vida-aliento (cf. Act. 17, 25), vida eterna (Rom. 2, 7) y vida mística que se identifica con la eterna (cf. 1 Tim. 4, 8). Tal vida llega a los fieles por Cristo y por el Espíritu por eso es también vida de Jesús y del Espíritu Santo.

Especialísima manifestación de vida divina es la revelación definitiva;

la nueva época de plenitud en la economía salvífica se caracteriza por la manifestación de los planes y consejos divinos que habían estado ocultos durante siglos en la mente de Dios y ahora los revela por propia y generosa iniciativa; porque ama es el Dios que habla y que da.

2. CRISTO. — El acercamiento de Dios que así se impone y priva en el mensaje doctrinal de Pablo se debe a Cristo. Ya hemos aludido a la importancia decisiva que reviste Jesús para el santo Apóstol; otro tanto ocurre con su estructura doctrinal: la vida, la justicia salvadora, la sabiduría de Dios se nos manifiestan en la persona benditísima de Cristo «en quien, por quien y para quien han sido creadas todas las cosas, quien tiene la primacía de la entera creación, quien es para nosotros vida, sabiduría y justificación de Dios». Cristo es la esfera, el subsuelo (cf. Col. 2, 6 ss.), la causa y el instrumento con que Dios se da al hombre y éste participa realmente de su vida —«in Christo Iesu», que aparece unas 164 veces—. Y es el Jesús de la historia que muerto y resucitado es causa de salud eterna para todos los creyentes (cf. Hebr. 5, 9), porque es «nuestro gran Dios y salvador» (cf. Tit. 2, 13).

No insistimos más, quede firme y claro que la vertiente dilatada del amor y aproximación de Dios está personalizada en el único Salvador, el sólo Mediador que es Cristo Jesús, el Señor; cf. 1 Tm. 2, 5¹⁶.

La realidad de la mediación entre Dios y los hombres es algo esencial al pensamiento del Nuevo Testamento y que Pablo ha destacado de modo vigoroso. La palabra apenas si la encontramos dos o tres veces (otras tantas en Hebr.), pero el concepto es constante en sus escritos —también en la catequesis primitiva tal como aparece en los discursos de San Pedro es uno de los temas más repetidos, cf. Act. 2, 22; 3, 15; 4, 12—.

Es en la trascendencia y santidad de Dios y en la miseria del hombre en los pilares en que monta el concepto bíblico de mediación que históricamente Cristo ha realizado de modo perfecto y definitivo con un sacerdocio ontológico que le es consustancial en razón de la unión hipostática; así es autor y pontífice de vida divina para los hombres que se le unen por la fe (y el bautismo), el amor y la gracia (cf. Hebr. 7, 24; 9, 15).

Cristo mete a Dios en nuestra historia e intimidad y lo hace «el Dios de la paz, de la paciencia, de la esperanza, de la fidelidad, del amor y generosidad (cf. 1 Tes. 1, 3; 3, 5; Rom. 15, 5), que nos ama y está al alcance de nuestro amor filial precisamente por ser Padre nuestro y Padre de nuestro Señor Jesucristo (cf. Rom. 1, 7).

16. Cf. L. CERFAUX, *Jesucristo en San Pablo*, donde siguiendo el proceso genético del pensamiento paulino, muestra toda la trascendencia de Cristo.

3. LA IGLESIA. — Aunque en la noción generalísima de Teología Pastoral no hemos nombrado explícitamente la Iglesia, sino a los hombres hermanos, resulta manifiesto para quien lee las cartas paulinas que el Apóstol ve a esos hombres como integrando una sociedad que es la Iglesia dentro de la cual se pone en marcha la iniciativa salvadora de Dios. El concepto de mediación es también aquí imprescindible para la comprensión del pensamiento de Pablo.

«Nada más extraño a Pablo que la piedad individualista, el ideal del hombre liberal»¹⁷. Para el P. Bonsirven¹⁸ fue ya en el acontecimiento de Damasco donde el neoconverso comprendió esta verdad: «lo mismo que el Padre quiere llegar a sus hijos por medio de su Hijo Jesucristo, así éste no se comunica a sus hermanos que en y por la Iglesia». En efecto, si debió ser bien significativo para Pablo que en sus relaciones de odio con los cristianos se introdujese Jesús con la personalísima intervención de la queja («¿por qué me persigues?»), no debió ser menos esclarecedor el mandamiento del Señor por el que quería que en sus nuevas y tan personales relaciones con el Apóstol entrase e interviniese el discípulo Ananías. A un hombre de tan rápidas y profundas intuiciones no es fácil que le escapase el contenido eclesiológico de la doble anécdota que regirá para siempre su vida toda sin que con ello queramos negar todo progreso en la mayor comprensión de esta realidad misteriosa¹⁹.

Porque ha penetrado en la realidad «Iglesia», ésta no es para Pablo valla que separa a los hombres entre sí, ni a éstos de Dios, ni es caldo en que la personalidad de los individuos se diluye en pro de una homogeneidad socializante. Más bien lo contrario: en este mapa de Dios —su campo de acción es la Iglesia— los hombres afirman su personalidad y ganan en relieve²⁰. El término «Iglesia» recubre en Pablo al menos dos realidades: las asambleas particulares de fieles en determinada ciudad y aún casa —de manera especialísima la iglesia madre Jerusalén— y la asamblea única —siempre de tipo religioso— que reúne a cuantos creen en Jesús con una fe que es la respuesta a la predicación del Evangelio. Este con-

17. B. RIGAUX, *Les Epîtres aux Thessaloniens*, Paris (1956) 191.

18. *Théologie du Nouveau Testament*, Paris (1951) 328.

19. También aquí Cerfaux ha señalado perfectamente la evolución del pensamiento del Apóstol —*La Iglesia en San Pablo*—, si bien la lectura de esta obra no resulta nada fácil es razón de querer seguir el desarrollo genético de la doctrina paulina, cf. VV 19 (1961) 392.

20. Para Pablo «l'homme n'est pas un numéro, un pion, un élément individuel qui ne vaut que pour une collectivité plus grande que lui: groupe social, nation, race, humanité; il est, personnellement, dans le Christ, une nouvelle créature, qui doit mettre à chaque instant le «oui» de sa réponse à l'appel de Dieu au sommet de sa pensée, de sa volonté, de son activité humaine: et par là sa pensée, sa volonté, son activité se trouveront surélevées, équilibrées, fécondées d'une manière digne d'un homme divinisé dans le Christ», J. LEVIE, *Les valeurs humaines dans la théologie de saint Paul*, B 40 (1959) 805.

cepto pleno y maduro aparece en las cartas de la Cautividad y en las Pastorales después de la unión de hecho entre las iglesias de la gentilidad y la Iglesia jerosolimitana; es entonces cuando a Pablo se le impone la unidad soberana de una Iglesia que realiza en sí las notas ideales de la «convocación santa» del desierto y reina ya con Cristo en los cielos ²¹.

Además de la experiencia vivida por Pablo, encontramos en esta doctrina eco claro del Antiguo Testamento. Israel era el *qahal*, la asamblea de Dios, el pueblo que Dios se había elegido como propio, con el que había pactado su alianza de salud y al que había hecho heredero de sus magníficas promesas que en los últimos libros son cada vez más espirituales. Para Pablo la Iglesia cristiana —«la Iglesia de Dios»— es el pueblo del culto y de las promesas, que abraza a judíos y gentiles porque ya no cuentan las características y privilegios raciales sino la fe en Cristo Señor; es, por tanto, universal con universalismo que llena los antiguos vaticinios del reino mesiánico extendido a todos los pueblos. Esta Iglesia es para Pablo algo mucho más radical que una corporación o secta religiosa en cuanto que cada uno de los componentes al estar «en Cristo», al participar de su vida por la fe, de su cuerpo por la Eucaristía, y aún de su glorificación celeste por el injerto hondo del bautismo, viven la identidad de vida que les comunica el Cristo Señor. Ya hemos recordado que en el camino de Damasco Jesús glorioso se había identificado con los fieles perseguidos.

Sin entrar ahora en discusiones de matiz técnico podemos afirmar que Pablo relaciona de un modo íntimo a la Iglesia con Cristo; su unidad urge con la misma urgencia que la unidad de Cristo (cf. 1 Cor. 1, 12); es su «esposa» —como Israel tenía a Dios por marido, (cf. Os. 2; Ez. 16...—, su «plenitud» en el orden soteriológico y hasta su *cuerpo*... ²².

El hecho que Pablo insista en la expresión y la desarrolle bajo diversos aspectos nos avisa de la importancia que le concede. En efecto, si en las grandes cartas (1 Cor. 10, 17; 12, 12 ss.; Rom. 12, 4 ss.), el peso de la imagen gravita sobre la unidad de los miembros entre sí —en función de la caridad que debe reinar en las asambleas—, en las de la cautividad (Ef. *passim*; Col. 1, 18 ss.), el acento recae en la unión de los miembros con Cristo cabeza —por la preeminencia, dirección y colación de vida y unidad— de la Iglesia que es su cuerpo, su plenitud —es decir, lo que completa a Cristo en el orden redentor y santificador de los hombres—. Los hombres individuos son miembros (cf. 1 Cor. 6, 15), la Iglesia como

21. Cf. Cerfaux, o. c., 239 ss.

22. Los esfuerzos del ya mencionado Cerfaux por mantener siempre el sentido físico de cuerpo, entendiendo el de Cristo eucarístico o resucitado, no acaban de inclinarnos a su opinión repetidas veces expuesta en su obra *La Iglesia en San Pablo*, cf. 176 ss., 203, 219-237; 267 ss.

tal es el cuerpo de Cristo, Cristo mismo como parece sugerir 1 Cor. 12, 12.

Quiero anotar que, según el Apóstol, no resulta este cuerpo de la unión de los miembros entre sí, sino que la unión radica en Cristo —perfectamente subrayado por Cerfaux—: porque cada bautizado está «en Cristo», es «revestido» de Cristo, ha sido «injertado» en Cristo como miembro suyo, es por lo que todos los miembros entran en mutua relación —algo parecido al concepto neotestamentario de fraternidad cristiana inexplicable sin la presupuesta paternidad divina—.

A más de esa realidad fundamental, invisible, que se ha dado en llamar *mística* —con designación aprobada por Pío XII en la *Mystici Corporis*— la Iglesia es también realidad histórica, social, de sociedad jerarquizada, con autoridad y funciones específicas en los diversos individuos que la integran. Veremos más adelante que muchas de las misiones que Pablo le supone o atribuye en el mundo serían inexplicables de no tratarse de una sociedad visible y jerarquizada, por ejemplo, la misión principalísima de la predicación del Evangelio. En esto Pablo no difiere tampoco de los demás Apóstoles que recibieron tal doctrina de labios de Jesús (cf. Mt. 16 y 18), y que el convertido de Damasco encontró como elemento tradicional ²³.

4. EL HOMBRE. — No podemos concluir estos presupuestos objetivos de la Pastoral de Pablo sin una breve síntesis de su antropología ya que a los hombres se dirige y con hombres trabaja en su misión apostólica.

Es aquí donde más pujantes se adivinan sus raíces judías, aunque también se dejan sentir varias influencias de tipo helenista ²⁴. Resumimos cuanto es hoy dato logrado y cierto de la exégesis ²⁵. Pero no hay que perder de vista que Pablo no pretende un análisis teórico de los elementos constitutivos del hombre. A él le interesa el hombre dado en la historia, tal como se encuentra frente a Dios.

A diferencia del dualismo griego para el que cuerpo y alma eran elementos antitéticos, Pablo se mueve en la línea judía —y aún semita en general— en la que el doble elemento es esencial para la unidad viva, para la realidad existencial y esencial del hombre.

Los términos *cuerpo*, *carne*, *alma*, *espíritu*, *mente*, no tienen siempre el mismo alcance. *Cuerpo* es el modo esencial de ser y constitutivo de la persona con la que se identifica (cf. 1 Cor. 6, 13-20; 12, 27; Rom. 6, 12);

23. Así lo reconoce el exégeta protestante Ph. H. MENOUD, *Vocabulary*... 53b.

24. Cf. BONSIRVEN, *Théologie du N. T.*, 238.

25. Cf. F. PRAT, *La Teología*..., II, 457-464; J. ALONSO, *Antropología subyacente en los conceptos neotestamentarios relacionados con la escatología individual*, XVI Sem. Bib. Esp., Madrid (1956) 5-47; J. LUZZI, *La noción paulina de cuerpo*, *Ciencia y Fe* 15 (1959) 227-251.

otras veces es algo que pertenece a la persona sobre lo que ésta puede actuar y disponer (cf. 1 Cor. 7, 4: 9, 27; 13, 3) y finalmente, se contraponen al *espíritu* porque en casos se identifica con la *carne* (Rom. 6, 12; Gal. 6, 16, 24) —en tal acepción cabría hablar de alguna conexión con el pensamiento griego al despreciar al cuerpo—.

Como *cuerpo* la *carne* puede también indicar la persona humana —frecuentemente en el Antiguo Testamento, cf. Rom. 3, 20; 1 Cor. 1, 29; 2 Cor. 7, 5; Ef. 5, 28— máxime si se acompaña de *sangre* (cf. 1 Cor. 15, 50). Ordinariamente entonces el hombre connota su debilidad frente a la grandeza de Dios. *Carne* es también sinónimo de apariencia, superficialidad —el hombre exterior—, el hombre en su condición mundana; de ahí pasa fácilmente al sentido moral peyorativo en cuanto que el hombre en ese estado de cosas no puede captar el mundo y realidades sobrenaturales (cf. 1 Cor. 2, 14; Mt. 16, 16) y se opone al *espíritu*, al mismo Señor, como los criterios mundanos (de este mundo o eón) a los criterios revelados.

La *mente* en Pablo comprende toda la actividad superior o espiritual del hombre —¡muy griego!— y alguna vez se identifica con «el hombre interior» (Rom. 7, 22) o el yo superior opuesto al yo caído bajo la influencia del pecado; en este hombre interior es donde actúa el *espíritu* (cf. 2 Cor. 4, 16).

Alma —poco frecuente— es el principio de vida natural (Rom. 11, 3); Pablo nunca la considera separada del cuerpo.

Espíritu a veces es sinónimo del precedente (cf. en el A. T., el intercambio entre *ruah* y *nephes*); pero lo específico del vocablo radica en significar la parte más noble y consciente del hombre (cf. Rom. 8, 6) y hasta la fuerza especial que le mueve a obrar de modo determinado. Siguiendo la trayectoria del Antiguo Testamento donde *espíritu* está en estrecha relación con Dios, pasa a significar esa esfera especialísima en que el hombre está abierto y orientado a esta y por esta fuerza divina.

Esta realidad compleja que es el hombre no está a solas en el mundo, ni hace a solas su vida. Otros seres y elementos lo trabajan, inclinan y atraen, se lo disputan aún respetando su libertad.

El hombre, que ocupa física y espiritualmente el mundo medio, está constituido históricamente de tal modo que lleva en sí de hecho una doble fuerza antitética disparada hacia el mundo de arriba —que es el de Dios al que no le es indiferente— y hacia el mundo de abajo —el de los «espíritus» malos, de la «carne», del pecado que presionan también sobre su voluntad y decisiones—. El hombre está así distendido por estas dos fuerzas contrarias que hacen sentir su presencia dinámica en su vida íntima y personal. El hombre de Pablo es el hombre histórico, concreto; criatura de Dios que pecó y entró así en la órbita tormentosa del pecado, de la muerte, de las apetencias degradantes, que desgarran su paz inte-

rior: el hombre a quien Cristo ha liberado reintegrándolo a la órbita y reino de Dios, de la luz, de la vida, de la gracia, de la esperanza, con reintegración que realiza por la muerte y glorificación de Cristo y por medio del Espíritu de Dios. Todo ello es concesión gratuita del amor divino manifestado en Cristo pero que exige la decisión libre y personal y no suprime la lucha entre «carne» y «espíritu» mientras su vida sigue en la carne o en el mundo.

PASTORAL EN ACCION

Entramos ¡finalmente! en el terreno empírico a ver cómo Pablo realiza y cómo quiere que otros realicen la acción pastoral. La doble corriente hay que remansarla para lograr todo el caudal de su pensamiento.

El pastor de almas. — Aunque en él personalmente queda encuadrada esta función en su misión de Apóstol que es de modo principalísimo predicador del mensaje en trabajos de roturación y siembra por los que penetran la palabra y la fe; aunque Pablo, fundada una nueva Iglesia, la confía a otros colaboradores porque su destino es esencialmente pionero, no se desentiende por completo de la misma. Es decir, que con ser más misionero que pastor, hay sin embargo en su actividad —que no sólo en sus prescripciones— muchos trazos que nos interesan grandemente. Por de pronto, como podemos ver en Act. —«el evangelio del apostolado»²⁶— los dos últimos grandes viajes referidos arrancan de una preocupación pastoral del Apóstol: confirmar en la fe a los convertidos.

En la cura de almas, no menos que en la misión viva, el protagonista es Dios, que de modo constante da crecimiento a las plantas y efectividad a los trabajos de quien planta y de quien riega (1 Cor. 3, 6). En el pastoreo persiste la economía de la mediación porque los pastores no son otra cosa que «colaboradores de Dios» porque la comunidad viva en que trabajan es «campo y casa de Dios» de quien es señalar los límites al trabajo de sus jornaleros y darles el sueldo en conformidad no con los frutos sino con el esfuerzo derrochado (cf. 1 Cor. 3, 9).

De ahí arranca la necesidad ineludible de la *vocación* que, si es garantía que legitima el trabajo de enviado, es también el signo elocuente de que la iniciativa la tiene Dios. Tal vez haya que encontrar en esta valoración de los derechos inalienables de Dios el que Pablo no use sino un par de veces el término «*pastor, pastorear*» (Act. 20, 28; Ef. 4, 11 s.), para describir la labor dirigente de quienes presiden en la sociedad que es la Iglesia, parsimonia tanto más de destacar cuanto frecuente es el uso

26. MEDEBILLE, *Apostolat*, DBs I col. 566.

figurado del mismo en el Antiguo Testamento, cf. 2 Cr. 18, 16; Miq. 5, 4; Zac. 11; Ez. 34; Is. 40, 11; 63, 11; Jer. 2, 8; 3, 15; 10, 21; 23; 4... Si la observación tiene algún valor tendríamos que constatar no sólo una tradición diversa de Jn. 21, sino también probablemente su desconocimiento por parte del Apóstol.

Su vocación la afirma repetidas veces —con nervio de autodefensa en 2 Cor. y Gal.— en el origen divino de su apostolado «por voluntad de Dios y no de los hombres» (Gal. 1, 1; Rom. 1, 1; cf. Act. 20, 24); la de quienes presiden en las iglesias por su propia delegación o de los otros apóstoles ya que también aquí parece haberse acomodado a la práctica que encontró vigente cuando se convirtió. Dadas las funciones religiosas que implicaba el presidir —predicación, defensa de la verdad, exhortación, regulación del culto etc.—, la designación no era meramente burocrática o administrativa. La iglesia madre de Jerusalén había marcado la pauta en la elección de los primeros diáconos (cf. Act. 6), y el mismo Pablo recuerda a su predilecto Timoteo que no le impuso las manos sin intervención de «profecías» atestiguando su idoneidad religiosa (cf. 1 Tim. 4, 14), al paso que le conmina a no imponerlas sobre ningún candidato sin reflexión seria (1 Tim. 5, 22).

La vocación constituye al ministro como antaño constituía a los profetas porque es palabra de Dios («factum est verbum Domini ad me...») que no sólo designa las cosas sino que las hace y forja en conformidad con el nombre que les da —¡hay toda una teología del nombre y de la palabra en el Antiguo Testamento!— y el destino para que las elige. Los diversos ministerios que tienen cabida en la Iglesia de Dios son para Pablo otros tantos carismas, es decir, dones reales, gratuitos, y que capacitan a quien se le conceden para la cumplida realización de su misión específica y propia finalidad (cf. Rom. 12, 6; 1 Cor. 12, 4. 9. 28 ss.); dones que perduran en el agraciado a los que puede y debe recurrir si quiere mantenerse a la altura de su cometido sobrenatural (cf. 1 Tim., 4, 14; 2 Tim. 1, 6), cuyo carácter social es evidente y preponderante, bien entendido que dentro de la sociedad sobrenatural y jerárquica que es la Iglesia. La intervención o mejor, el derecho a intervenir sobre tales carismas en la jerarquía no los testimonia Pablo al regular su uso y manifestaciones en el hervor espiritualista de la iglesia de Corinto (cf. 1 Cor. cc. 12-14) ²⁷.

Es Dios —en mayor o menor inmediatez que Pablo no precisa fuera de su caso personal— quien llama y señala el lugar y función peculiares en su casa (cf. 1 Cor. 12, 28 ss; Ef. 4, 11)...

Este llamamiento es para el hombre un honor que los otros deben re-

27. Cf. A. LEMONNIER. *Charismes*, DBS 1 col. 1233-1243.

conocer y expresar de modo efectivo (cf. 1 Tes. 5, 12 ss; 1 Cor. 16, 10; 2 Cor. 11, 23; 12, 12). Y es también una carga, una obligación, que le constriñe de parte de Dios y de cara a los hermanos a quienes se debe y de quienes es, que no sólo de Cristo. Desde este ángulo la conducta de Pablo es ejemplar por lo que se ha calificado su «ascética de la afabilidad»²⁸.

Si la respuesta al llamamiento de Dios, que es la conversión, del hombre no cristiano es la fe; la respuesta del llamado al ministerio de la cura de almas es también *la fe, la fidelidad* que es la cualidad y requisito indispensable de los administradores y mayordomos (cf. 1 Cor. 4, 2). Todo lo demás no será sino concreciones de esta actitud fundamental de quien vive consciente de las exigencias de la vocación, de su vocación, por parte de Dios sin la que jamás habría debido asumir tales funciones (cf. Hebr. 5, 4 hablando del sacerdocio en la antigua Ley).

CRITERIOS. — *Sujetivamente* el que ha sido llamado percibe el llamamiento por una seguridad íntima que es tan real y eficiente que no puede sustraerse a ella aún cuando no la sepa definir, como sucedía en los profetas. Los Apóstoles confiesan que no pueden dejar de predicar lo que han visto y oído —el apóstol es por esencia «testigo», *mártir*, cf. Act. 1, 21 ss.—, aunque las autoridades se les opongan (Act. 4, 19 ss.). Pablo asimismo se siente impelido a la predicación de la palabra de Dios (1 Cor. 9, 16). La viva conciencia de la propia misión no se apoya en lo extraordinario y carismático del llamamiento, sino en el hecho decisivo de haber sido llamado.

Los demás pueden reconocer la autenticidad del ministerio encomendado —*constatación objetiva*— por el sello de las intervenciones carismáticas —acentúo aquí el carácter milagroso de las mismas— si se dan como en el caso peculiar de Pablo (cf. 2 Cor. 12, 1 ss.); también en el esfuerzo sincero y desinteresado en medio de las tribulaciones y contrariedades surgidas precisamente por causa del ministerio mismo: «las señales *σημεία* —son los milagros para San Juan por símbolos que nos llevan al conocimiento de las realidades latentes en Jesús— de mi apostolado se realizaron entre vosotros con una constancia a toda prueba, en señales, portentos y milagros» (2 Cor. 12, 12). Mientras el falso predicador va buscando su gloria y ventaja (cf. Gal. 6, 12), el auténtico se manifiesta por su limpio desinterés, porque paga de persona despreciando como basura las posibles utilidades —a veces hasta legítimas ya que es justo que el sacerdote viva del altar al que sirve, cf. 1 Cor. 9—, y soportando tanta tribulación como surge del volcarse en cuerpo y alma a una misión que las más de las veces es mal interpretada y recibida.

28. J. HOLZNER, *San Pablo heraldo de Cristo*. Barcelona (1956) 204.

Encontramos por este camino la «*lex crucis*», que era la mejor garantía de autenticidad de los verdaderos profetas: profeta que es fiel al Señor y con su misión expone y se expone es ciertamente de fiar. Por todos vale el caso de Jeremías. Las listas que relatan el largo *viacrucis* de Pablo, no tienen apologeticamente otro sentido (cf. 2 Cor. 11, 23-33). Nada más extraño al verdadero apóstol que los turbios manejos para lograr el aplauso y la propia utilidad por medio de la adulación o la mutilación del mensaje evangélico y por lo mismo exigente. Con íntimo gozo se ufana Pablo de la generosidad a ultranza con que su querido Timoteo ha ejercido el ministerio (Fil. 2, 21); por ello merece toda estima y veneración (v. 29).

LA MISION. — Supuesto el elemento sobrenatural de la vocación Pablo exige un segundo que es la misión o colación concreta de determinado ministerio. En el caso de los Apóstoles esta misión viene directamente de Dios —en su caso personal menciona unas veces a Dios y otras al Señor— que señala incluso el campo de operaciones: Pedro y los otros para los judíos, yo Pablo para los gentiles (Gal. 2, 7). En los otros casos o para los llamados de la segunda hora la misión la señalan los Apóstoles como prepositos y mayordomos de la casa de Dios, aún Pablo ha buscado su aprobación a pesar de su convencimiento de la propia igualdad con ellos (ib.). Sus disposiciones en las Pastorales son el mejor ejemplo de la necesidad de esta misión en los discípulos de los Apóstoles.

Ya encontramos aquí la mezcla del doble elemento, carismático y jerárquico, que seguiremos encontrándonos a lo largo de nuestra exploración pastoral.

¿Qué cualidades se requieren? Modernamente nosotros insistimos en la necesidad de las virtudes sociales en quienes presiden y hasta las contraponemos a la santidad interior y más personal.

Pablo también practica y a su vez exige las nobles cualidades que han de regular en los pastores la vida de relación; lo que le diferencia de nuestra manera de pensar es que tales cualidades no las opone a las personales porque es la unidad de vida la que rige en el hombre de Dios: la vida *cristiana*, la vida en conformidad con el modelo, la fe y la gracia de Cristo: de ahí la aleación unitaria, inseparable, en su persona entre el cristiano y el jerarca, entre el santo y el apóstol, entre el mundo de dentro y el de la acción. Por ello su autenticidad y sinceridad ejemplares. El nunca separa sus gustos, sus pensamientos, sus ideales, sus intereses personales de la misión que se le ha confiado. No hay de hecho más que un plano: el de Cristo. Y esto es realmente admirable y heroico.

Ya hemos recordado cómo lo que se busca en el administrador de los misterios de Dios es la fidelidad que —aun filológicamente— no podemos separar de *la fe*. La fe de Pablo es un aceptar con todo el ser la verdad de

Dios: su existencia soberana, sus derechos, sus exigencias insoslayables, su amor, la realidad de su Hijo Jesús —su persona y su mensaje— que precisa las exigencias de Dios y el modo único de satisfacerlas. Hay en esta fe —entendemos y nos reducimos ahora a la fe subjetiva— un elemento sicológico primordial que es el conocimiento, el homenaje de la inteligencia —et quidem *ex iustitia* y no sólo *ad iustitiam*—: pero quedaría mutilada sin la aceptación efectiva de la voluntad en cuanto confianza, obediencia y abandono a la voluntad e iniciativa divinas, y en cuanto propósito de acción en conformidad con la misma divina voluntad tal como se nos ha manifestado en la historia por Cristo, en la propia intimidad por el Espíritu y externamente en la actualidad por la Iglesia. Se cree *en ya...* Así, la fe paulina implica la totalización del hombre que acepta y se entrega a Dios «con todo el corazón, con toda la mente, con toda la fuerza» (cf. Dt. 6, 5).

Ya se comprende cómo la respuesta generosa del pastor —que no ha de buscar sino los intereses del Señor cf. Fil. 2, 21— cuyo trabajo es noble y absorbente milicia (1 Tm. 1, 18; 2 Tm. 2, 4) tiene que apoyarse necesariamente en la fe. En su testamento espiritual Pablo exalta la función pastoral de la fe: me he alegrado habiendo recibido noticias que me han recordado la fe no fingida que hay en ti» (2 Tm. 1, 5) —intenso matiz de fidelidad a Dios y a Pablo—; el mismo Apóstol no se avergüenza de su cárcel porque bien sabe a Quién ha creído (v. 12), el discípulo a ejemplo de su padre y maestro ha de mantenerse esforzado y constante (3, 10. 14). Con la visión serena de la hora crepuscular Pablo, en prisión y abandonado de los más, está contento porque «...ha mantenido la fe» (4, 7 cf. supra) y es bien significativo que la fe haya sido la expresión del su *consummatum* generoso a la vida cristiana y apostólica. La misma satisfacción desea a su discípulo y a quienes le han de seguir, que sean «hombres fieles idóneos para enseñar a su vez a otros» (2 Tm. 2, 2).

Paso por alto por bien conocido el carácter soteriológico de la fe y su dinamismo en la teología paulina como contrapuesta a la ley, a la carne y a las «obras» en las que el hombre, precisamente porque no se entrega y conserva su autonomía, puede gloriarse con gesto y actitud del espíritu que son la negación absoluta del cristianismo. Quiero sólo insistir en que la fe de Pablo, como la de Juan, no es somero sentimiento religiosoide ni intuición iluminista sino adhesión de toda la persona consciente y libre a una norma objetiva que viene presentada como una «tradición», como «depósito» que hay que guardar en su integridad evitando las novelorías y deformaciones (cf. 1 Cor. 15, 1; 1 Tm. 6, 20; 2 Tm. 1. 12 cc.); ese depósito es el Evangelio, la doctrina y persona de Cristo, el misterio de la piedad —última síntesis genial de Pablo—; en definitiva lo que hemos dicho:

adhesión de todo el hombre a la persona de Cristo Jesús (cf. Gal. 2, 16; 3, 26; Fil. 1, 29; Ef. 1, 15; 1 Tm. 1, 4 ss: 3, 13...).

Per caritatem operatur. Atinadísima la observación pastoral de San Gregorio Magno: «quien no tiene caridad en modo alguno debe recibir el oficio de predicador». La doctrina es paulina porque las dos virtudes de fe y caridad, aunque distintas en su noción, deben ir inseparables en el hombre cristiano, «la nueva criatura» que actúa en el mundo sobrenatural con esta doble antena. La caridad —como amor infuso a Dios y al prójimo— hunde sus raíces en la fe y ésta revela su autenticidad por la operosidad de la acción amorosa (Gal. 2, 20; 5, 6; 1 Tes. 5, 8; 1 Tm. 1, 5. 14; 2, 15; 4, 12; 6, 11; Tit. 3, 15). En el pastor esta conexión es todavía más necesaria a causa de las dificultades inherentes al ministerio capaces de romper o al menos atemorizar a quien no sea gran amador, porque sólo quien ama puede ser generoso y pagar de persona si es preciso hasta el extremo máximo de aun encarcelado gozarse en su propia impotencia y poder gritar gozoso con sublime entusiasmo: ¡no importa con tal que la palabra no esté encadenada! (cf. 2 Tm. 2, 9). El maravilloso resorte que pone en marcha al Apóstol es la caridad, el amor sorprendente de Dios que ha entroncado en el plan universal de la salud el apostolado, la predicación y el ministerio pastoral, porque si Pablo ama a los hermanos —con las notas específicas de estima, eficiencia y ternura que comporta la caridad notestamentaria, cf. Spicq, *AGAPE* 3 vols— es porque Dios los ha amado antes y uno de los modos más elocuentes con que les manifiesta este amor es la acción de sus colaboradores los ministros de salud.

El secreto es ese amor derramado con abundancia por el Espíritu en nuestros corazones (Rm. 5, 5) y que empuja a Pablo a obrar (2 Cor. 5, 14) manteniéndole en la línea del heroísmo con gozo y sin temor porque tal amor que se nos ha revelado en Cristo es más fuerte que la muerte (cf. Rm. 8, 35. 39). Arrancando del amor de Dios a nosotros —«¡me amó y se entregó por mí!» Gal. 2, 20, 5, 14; Ef. 2, 4— Pablo no pretende con su múltiple quehacer sino llegar a una meta que es también amor porque quiere hacer efectivo el amor de Dios en el alma de los hermanos provocando en ellos una respuesta acordada, que no puede ser otra que una respuesta de amor. Si logra ese diálogo entonces habrá cumplido su misión de salud. Sabe que si la Iglesia es la casa de Dios, quien la construye es la caridad —a Dios y a los hermanos cf. 1 Cor. 8, 1; Ef. 4, 16; 3, 17— y quiere por ello que los fieles caminen en caridad, lo hagan todo en caridad hasta el punto de hacerse siervos unos de los otros con la esclavitud sincera del amor de caridad (1 Cor. 16, 14; Gal. 5, 13; Ef. 5, 2).

Cuanto nos queda por ver no será sino explicitación de estas cualidades esenciales de la acción pastoral.

N. B. — Mezclamos los textos de la diversas cartas porque no creemos que en el problema haya verdadero progreso. No hay que olvidar que tantos años como separan la primera de la última carta de Pablo —unos 16— son los que mediaron entre su conversión a Cristo y su bautismo como escritor. No faltará, con todo, ocasión de subrayar algunos trazos que parecen característicos de los escritos más tardíos, las cartas Pastorales.

PERFILES PASTORALES

Seguimos individualizando las Pastoral de San Pablo que es ante todo sobrenatural, penetrada de Dios y del Espíritu de Cristo. Explicitamos.

1. ACCION SOBRENATURAL. — Para un judío nada de cuanto existe y acontece es extraño a Dios que con su soberanía absoluta penetra el corazón del hombre y las raíces mismas del ser con su espíritu escrutador.

La actividad pastoral de Pablo es sobrenatural, o lo que es lo mismo, está transida de Dios por los cuatro costados. Y esto no sólo de modo objetivo, que no puede menos de ser así ya que es por esencia verdadero «opus Dei»; también en la valoración subjetiva y personal del Apóstol. Si bien se mira una «vida sobrenatural» no consiste tanto en superponer algo nuevo a los acontecimientos cotidianos cuanto en descubrir en ellos su *sacralidad*, en conectarnos psicológicamente con la realidad auténtica aunque oculta; es, en definitiva, un afinar antenas que capten lo que ya existe independientemente de nosotros.

Pablo que se vuelca de lleno en su tarea apostólica vive siempre la conciencia aguda de *la alteridad de su mensaje*. Su misión y su palabra no son suyas, sino de Quien le ha enviado (cf. Jn. 7, 16) porque son misión y palabra de salud que es de solo Dios.

Se mueve siempre con temor reverencial, consciente —como los profetas— de su poquedad para tamaña empresa divina. La grandeza y el drama del apóstol consisten en ser «hombre de Dios» (1 Tm. 6, 11; cf. Dt. 33, 1; 2 Ry. 17, 18), en la tensión que mete en lo pequeño que somos lo grande que debemos ser.

Entre las diversas funciones del pastor, que ya hemos mencionado, destaca para Pablo la predicación, la enseñanza. Ahora bien, asistimos en los escritos paulinos a una exaltación apoteósica de *la palabra* —de perfecto acuerdo también aquí con la primitiva catequesis cf. Act. 6, 2 ss.— que en San Juan llegará a ser nombre propio de Cristo (1, 1. 14). En Act. el anuncio y servicio de la palabra (cf. Lc. 1, 2) es el *leit motiv* que interpreta la actividad total de los Apóstoles y de Pablo. La palabra es «de Dios, del Señor», y por ello es «palabra de salvación, de gracia» (14, 3; 20, 32): sabemos

que Pablo «se consagraba por entero —*synéijeto*— a la palabra» (18, 5) como antes habían hecho los Doce al instituir los diáconos.

Para San Pablo la palabra desde que es de Dios no es mero flato de voz; es palabra de verdad como el Evangelio (Col. 1, 5) y como el Evangelio palabra de vida (Fil. 2, 16), de vida divina con fuerza incoercible y con capacidad de transformar al hombre en el que habita como un aliento sobrenatural (Rm. 1, 16; 2 Cor. 6, 7; Col. 3, 16). Por la palabra, por el Evangelio ha engendrado Pablo a los corintios (1 Cor. 4, 15) lo que quiere decir que esa palabra lleva todo el dinamismo fecundante del viejo *ruah* («spiritus Domini super me...») de Dios de quien la vida es propiedad exclusiva en cualquiera de sus manifestaciones.

A la difusión triunfante de la palabra se entrega Pablo por entero (cf. 2 Tes. 3, 1) sin pretender otra ventaja ni galardón que el tener alguna parte en ella, en los bienes del Evangelio (cf. 1 Cor. 9, 23). Toda otra misión por santa y divina, como el bautizar, la deja de lado ante las exigencias y primacía del anuncio evangélico (cf. 1 Cor. 1, 17); a su predilecto Timoteo le encarga con énfasis que predique el evangelio: «haz labor de evangelista, proclama la palabra a tiempo y a destiempo» (2 Tm. 4, 2 s.).

Ya se comprende que quien maneja tal fuerza divina cuasi-sacramental, quien se consagra a su expansión y triunfo, está metido de lleno en la esfera y mundo de Dios. Sólo se precisa la fe viva para que el misionero, el pastor, se sientan tocados y conmovidos. Pablo lo está desde la primera página de sus cartas: «nuestro Evangelio, hermanos, no fue sólo de palabra sino con fuerza, espíritu santo y convicción plena... Damos gracias a Dios incesantemente porque habiendo recibido la palabra de Dios, que de nosotros oísteis, la abrazasteis no como palabra de hombre, sino tal cual es de verdad, como palabra de Dios, la cual obra eficazmente en vosotros los creyentes (1 Tes. 1, 5; 2, 13).

Sobrenatural es también *el fin y meta* al que se orienta la labor pastoral. Excluidos los móviles bastardos de la propia satisfacción o granjería todavía no agotaríamos el ideal de San Pablo señalando a la cura de almas como cima la salvación eterna de las mismas. Por de pronto, para Pablo «la vida eterna» no connota la lejanía que para nosotros; la vida eterna es la vida «en Cristo», o Cristo viviendo en nosotros que ya ahora es una realidad y actúa en la carne, en el mundo, si bien su eclosión definitiva y fulgurante no llegará sino con la parusia o venida gloriosa de Jesús; la vida eterna es «la vida nueva» que ya se nos ha inyectado por el Espíritu en nuestra incorporación a Cristo con el bautismo. Es así cómo ya hemos sido salvos en la vida de Cristo resucitado (Rm. 5, 10. 21; 6, 4. 22s.; Ef. 2, 8; Col. 3, 3; 1 Tm. 4, 8; 6, 12, etc.). Pero además es que Pablo enfoca de modo más concreto y cercano la meta pastoral: la vida sí —suprema aspiración del hombre, conjunto de todos los bienes para el hebreo— pero precisa-

mente por la asimilación a Cristo, por nuestra configuración o conformación con el tipo ideal al que Dios quiere asemejar toda la creación de la que su Hijo es primogénito y de quien los hombres somos hermanos menores. En la nueva creación Dios pretende formar al hombre «a imagen y semejanza de su Hijo» (Rm. 8, 29 *symmorphoi*). Recordábamos cómo Pablo se siente padre de los fieles de Corinto por haberles dado la vida en Cristo, que supone una asimilación radical a El; poco después, y a los Gálatas, que parecen ser los que más le han preocupado por lo grave de la tentación judaizante, les completa la imagen explicitando la realidad: «me temo de vosotros no me haya afanado inútilmente..., hijitos míos, por quienes siento de nuevo los dolores del parto hasta que se forme Cristo en vosotros... no sé qué hacerme con vosotros» (4, 11, 19 s.). Ahora es la madre «en su hora», que rebosando amor y ternura vuelve a sufrir los dolores del alumbramiento —imagen bíblica consagrada del supremo dolor— por la formación de Cristo en los fieles, cuya caprichosa movilidad e inconstancia atormentan al pastor solícito que quiere cuajar en ellos algo tan estable, sublime y consistente, como *la forma* (cf. Fil. 2, 6), la realidad viva de Cristo, su imagen dinámica, ideal sumo al que debe tender el esfuerzo del cristiano y el trabajo organizador de los pastores: «hasta que todos y cada uno (*hoi pántes*) lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios hasta (constituir) un hombre perfecto a medida de la talla del pléroma de Cristo» (Ef. 4, 13). Tal es el ideal que debe presidir y orientar el esfuerzo de la comunidad y de cada uno de sus miembros, y con los ojos y el afán clavados en él es como «el hombre de Dios» debe realizar su trabajo de forja y cura de almas.

2. CONCIENCIA REDENTORA. — Aun supuestos el desinterés y la fidelidad del pastor todavía éste podría actuar con la fría indiferencia del intermediario que cumple su función transmitiendo, sin más, mensaje y órdenes y esperando acontecimientos como simple espectador; de ahí a la burocratización el paso es corto.

Pero en la concepción pastoral de Pablo esto no es posible por «el santo radicalismo divino»²⁹ que ha puesto en todo.

Si la cura de almas es un honor por la confianza que Dios dispensa al elegido, es más una carga fatigosa que éste no podrá soportar con la fidelidad que Dios exige si, como hemos dicho, no ama y como fruto de ese amor no se identifica primero con la voluntad e intereses de Dios. El «hombre de Dios» es por definición «un lanzado» por la fuerza y el exclusivismo celoso que Dios pone en todas sus intervenciones. Jeremías sintió la pala-

29. HOLZNER, *El mundo de San Pablo*, Madrid (1953) 254.

bra divina como fuego en sus entrañas (cf. c. 20) y quien no se quema empieza por apagar o al menos menguar su pujanza. En la mente y voluntad de Dios los ministros no tienen otra razón de ser que la utilidad de la Iglesia: «puso Dios a los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y doctores en orden a la consumada perfección de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo» (Ef. 4, 11 s.).

Buen pastor es quien se afana y preocupa por sus ovejas (Fil. 2, 20 cf. Jn. 10), experimenta y sufre el cuidado de todas las iglesias (2 Cor. 11, 28 ¡cor Pauli cor Christi!), lo soporta todo porque los elegidos logren la salud de Cristo (2 Tm. 2, 8-10), llora con los tristes (Rm. 12, 15), enferma con quien enferma, sabe alegrarse para recrecer la alegría de quien se alegra y se quema por el que padece escándalo (2 Cor. 11, 29) con la solicitud e interés solidarios con que un miembro se compadece de los otros miembros de los que nada le es indiferente (cf. 1 Cor. 12, 25); se siente como oveja destinada al matadero en razón precisamente de su misión (cf. Rm. 8, 36; 1 Cor. 4, 9; el gran misionero que es el Siervo de Yahweh es llevado como oveja al matadero Is. 53, 7...) consciente de que realiza su obra de salud no sólo con la transmisión del mensaje sino aportando sus propios padecimientos, dando renovada vigencia a la cruz de Cristo con la realización en sí de la «lex crucis» testimonio irrefragable para los hombres como queda apuntado al tratar de los criterios de la vocación sobrenatural. Todo ello con la conciencia viva de «estar completando en su alma y hasta en su carne entregados lo que falta a los padecimientos de Cristo» (Col. 1, 24), de ser —por infinita condescendencia divina— actor en este drama tremendo del hombre en sus más esenciales relaciones con Dios.

Guardada la debida proporción podríamos establecer que así como la palabra del misionero y predicador es elemento integrante en la obra de la redención por ser el medio ordinario con que la fe llega al individuo y porque es palabra de Cristo (cf. Rm. 10, 17; Gal. 3, 2. 5; Tit. 1, 1-3), así su ejemplaridad íntegra, su dolor y angustia santos son elementos altamente redentores precisamente por ser «hombre de Dios» y «ministro de Cristo».

A más conducta y conciencia redentoras mayor garantía y fruto en el apostolado.

3. *RATIONABILE OBSEQUIUM*. — Válganos la expresión de la Vulgata (Rm. 12, 1), aunque no refleje con exactitud el pensamiento original.

La conciencia de la alteridad del mensaje y de la fuerza divina de la palabra postulan del pastor —que lo es sobre todo por la predicación— un respeto que se traduce en fidelidad a su contenido, lo que a su vez no es posible sin estudio y reflexión. Como además el mensaje va a conquistar todo el hombre, y es claro que también y primeramente su inteligencia, la

necesidad de adaptación pide un esfuerzo sincero en el hombre de Dios en razón directa del carácter misterioso del mismo mensaje.

Personalmente ya vimos cómo San Pablo iba bien equipado y sus exposiciones en las cartas nos certifican una larga y densa meditación sobre el tema cristiano. Pablo enlaza siempre la doctrina cristiana con la sabiduría de Dios y aun cuando la sabiduría humana sea bien secundaria en orden a la mejor penetración del mismo, no lo es la inteligencia del hombre paso obligado para la fe y la aceptación cristiana; el misterio cristiano nada tiene que ver con los «misterios» paganos en los que el inciado nada veía ni entendía. En Pablo siempre hace relación al conocimiento en primer término (cf. Rm. 11, 25; 16, 25; 1 Cor. 2, 7; 13, 2; Ef. 1, 9; 3; 3...).

Incluso el hombre «natural» puede conocer muchas cosas de Dios (cf. Act. 17, Rm. 1); ahora con la revelación y la ayuda del Pneuma puede penetrar hasta las profundidades de la divinidad (cf. 1 Cor. 2, 10; Ef. 3, 18). Pero es el predicador llevando estas luces de Dios quien ha de abrir las ventanas del hombre al sol de Dios.

En el Apóstol, auténtico semita, la verdad siempre tiene resonancias dinámico-voluntaristas; pero supone siempre una preliminar relación especulativa porque no puede llegar hondo —al corazón y a la vida— si no está antes firmemente afincada en la inteligencia.

Hay un conocimiento *vano* porque nada positivo aporta en el orden de la salud y que por fomentar la autosuficiencia ha sido origen de valoraciones alicortas del mensaje cristiano en la iglesia de Corinto provocando disensiones y banderías. Tal ciencia Pablo la desprecia con ganas, a pesar de que los griegos la ambicionaban sin medida.

Pero hay un conocimiento y una sabiduría que arrancan de Dios mismo, que fomenta y ayuda el Espíritu y que el cristiano ha de buscar y acrecentar para lograr la mejor comprensión de la revelación de Cristo (cf. Rm. 11, 33; 15, 14; Fil. 3, 8; Col. 2, 3); en la admirable carta a los Efesios el Apóstol desea y pide para sus fieles destinatarios esta inefable ciencia de Cristo que en sus vértices más agudos acusa el toque del Espíritu ayudador de nuestra poquedad (cf. Rm. 8, 26).

En las cartas Pastorales, que han sido calificadas con razón como «el manual inspirado de la espiritualidad sacerdotal»³⁰, insiste en este aspecto técnico y noético del ministerio con insistencia bien significativa en la hora crepuscular en que después de más de treinta años de la conversión y sesenta de vida contempla las cosas y los hombres, y sobre todo el misterio cristiano, con la máxima serenidad y clarividencia.

Vale la pena que nos detengamos un poco porque soplan vientos fuertes

30. SPICQ, *Espiritualidad sacerdotal según San Pablo*, Bilbao (1954) 6.

pragmatistas con el pretexto preciso de una vuelta a la pastoral evangélica y genuina.

El epilogo del mensaje de San Pablo no deja lugar a dudas. Si ha dejado en Efeso, capital del Asia proconsular, al discípulo más identificalo con sus criterios es para que vaya a la mano a quienes enseñan doctrinas heterodoxas (*heterodidaskaléin* —palabra de su cuño—) que sólo provocan discusiones más o menos eruditas y nada aportan a la economía de la fe (1 Tm. 1, 3s.). La legación apostólica de Timoteo ha sido, pues, motivada directamente por razones doctrinales, de ortodoxia —ya queda repetido que la función primaria del pastor es la enseñanza—, si bien el fin es suscitar la caridad y buena conciencia (v. 5); los fantoches innovadores dan pruebas de ignorancia supina al no saber lo que dicen (v. 7) —que siempre fueron atrevidas las cabriolas del ignorante—.

Si el mensaje cristiano es mensaje de salud universal ya que Dios quiere la salud de todos los hombres por Cristo, ésta ha de empezar por «su venida al conocimiento de la verdad» (1 Tm. 2, 4) que no es otra cosa que el conocimiento exacto de la verdadera religión³¹. Esta verdad que es la fe y revelación sale de Dios, y por el único mediador Cristo y la aportación del «pregonero y apóstol» llega hasta los hombres (cf. 1 Tm. 2, 5-7).

Entre las cualidades del obispo que en las Pastorales parece ser un sacerdote que goza de autoridad superior sin que todavía podamos asegurar la existencia del episcopado monárquico, entra, a más de prudente y ponderado, que sea «capaz de enseñar» (*didaktikós*) —la misma exigencia en 2 Tm. 2, 24—; es decir, en posesión de un conocimiento serio de la religión que pueda transmitir a los demás (3, 2 cf. 2 Tm. 2, 2). Esta competencia está intimamente relacionada con las características de la Iglesia de Dios vivo que es «columna y sostén de la verdad» (3, 15). El pastor, podrá así oponerse a las enseñanzas diabólicas que han de traer los apóstatas (4, 1) y es enseñando la verdad cómo Timoteo será buen ministro de Jesucristo (4, 6); «enseña, aplicate a la lectura, a la exhortación, a la enseñanza» (vv. 11-13) que es todo un programa pastoral y homilético ya que la referencia es a la lectura y comentario de las Sagradas Escrituras en la asamblea comunitaria y litúrgica. «Está atento a ti mismo y a la enseñanza» (v. 16) o cumple lo que enseñas» y te salvarás a ti y a los oyentes» en comunidad de destino que responde a la comunicación de intereses sobrenaturales en el ministerio.

En la Iglesia, sociedad jerarquizada, los presbíteros merecen doble honor —sustento y veneración—, pero de modo principalísimo aquellos que se consagran y se fatigan —*kopiáo* designando el ministerio apostólico

31. SPICQ, *Les Epîtres Pastorales*, 362.

en Rm. 16, 12 s.; 1 Cor. 15, 10— por la palabra y la enseñanza (5, 17). Y nuevo toque de atención a los herejes: «enseña y exhorta» (6, 2) —que no es mera ilustración erudita, sino enseñanza sólida llena de unción y suavidad tal como viene matizada por la inmediata exhortación—; «Oh Timoteo, guarda el depósito» contra los intentos deformadores y ladrones de la falsa ciencia (v. 20).

En la carta a Tito delegado en Creta no es menos explícito: que el obispo se mantenga firme en la enseñanza de la revelación y sea capaz de exhortar —¡padre y maestro siempre!— en sana doctrina y de convencer a los contradictores (1, 9), «habla tú conforme a la sana enseñanza» (2, 1) y sigue una serie de normas éticas y sociales lo que nos certifica que «la palabra, la doctrina» comprendía lo que ahora llamamos dogma, moral y hasta educación cívica.

En II Tm. persiste la misma preocupación: podrá presentarse ante Dios como obrero que no tiene de qué sonrojarse si administra rectamente la palabra de la verdad (2, 15), si enseña con mansedumbre y abre así el camino de la conversión a Dios de aquellos a quienes presenta la verdad (v. 25); se goza de que el amado discípulo le haya seguido en la enseñanza (3, 10) hasta en el hecho de conocer desde pequeño las Sagradas Escrituras que adoctrinan para la salud (v. 15) y, por ser inspiradas por Dios, son útiles para la enseñanza, el convencimiento y la educación en la justicia (v. 16).

Concluimos la lectura convencidos del afán de verdad que preocupa al Apóstol en sus últimos años.

No creo haber forzado los textos al hacer del «rationabile obsequium» uno de los perfiles más acusados de su Pastoral. El afán de verdad, y por tanto el estudio, es el homenaje primero que el pastor hace a la palabra de Dios antes que los oyentes le tributen el de su fe sincera.

PASTORAL Y HUMANISMO

El título equivale a *perfiles humanos* de la pastoral paulina. Empezá-bamos nuestra investigación destacando las cualidades humanas, maravillosas, de Pablo que por su personalidad recia todo lo tocaba de su manera de ser; ahora vamos a concluir subrayando los rasgos humanísimos de su obra, que no son sino la proyección de cuanto con más vigor alienta en su persona. Esta figura literaria llamada «inclusión» es muy bíblica. Como los puntos que bordan este humanismo ³² son muchos vamos a poner en su debido realce sólo algunos que creemos sobresalen más.

32. J. Levie sugiere que, dada la preponderancia de la iniciativa divina en la obra

1. SENTIDO COMUN. — Lo hemos indicado repetidas veces que Pablo es hombre de realidades, que tiene cuenta del hombre concreto, del individuo y su circunstancia, porque, aunque la obra de salud se realiza siempre en la Iglesia y por la Iglesia, la persona no se diluye ni desaparece sino que por el contrario cobra mayor significado y valor como la mano útil y viva supera a la arrancada del organismo.

Ante todo, el Apóstol, que no cede jamás en los principios por su sobrenatural radicalismo, posee el difícil tacto de *la adaptación*. Sus enemigos, que los tuvo abundantes, llegaron a acusarle de hombre veleidoso e inestable (cf. 2 Cor. 1, 17 s.). Si Pablo cambia de opinión en el terreno empírico es porque conoce bien al hombre y valúa en toda su trascendencia las diversas situaciones de hecho en que se encuentra. —Queda esbozada la importancia que concede a la historia como concepción mental—. Ello orientado y presidido por el anhelo apostólico de caridad desinteresada, que todo lo soporta y a todo se acomoda con tal de realizar su empresa proselitista. Por esa vía abierta ha llegado a veces muy lejos; valga la referencia al llamado «privilegio paulino»... (cf. 1 Cor. 7, 15 s.). Sin ir tan lejos encontramos muchos gestos y decisiones que sólo nos los podemos explicar por este cultivo del sentido de la adaptación, que a veces también olvidan los modernos comentaristas por su prurito de uniformidad demasiado libresco. Circuncida a Timoteo (Act. 16, 3), pero no a Tito probablemente (Gal. 2, 3); presenta con entusiasmo el ideal celibatario a las jóvenes y viudas de Corinto —la nueva patria floreciente de Venus— estimulándolas como él sabe hacerlo a su práctica (1 Cor. 7); pero quiere que las muchachas de Efeso se casen y tengan hijos (1 Tm. 5, 14); de dejarse llevar Pablo de un impulso y fervor desearía para todos el carisma de la virginidad (1 Cor. 7, 7), pero no sólo condena a los herejes que prohíben el matrimonio (1 Tm. 4, 3) sino que a los fieles entusiastas de Corinto les dice que el matrimonio es también un carisma, que es bueno, y que los casados usen de él habitualmente absteniéndose sólo a modo de excepción; y hablando a los fieles en general les dice que cada uno tenga su propia mujer porque el diablo es muy malo (cf. 1 Cor. 7, 1-9). Su concepción del matrimonio no es pesimista ni resignada: el estado es bueno, conveniente, hermoso (*kalón*); sino que va presidida tal concepción por el principio de sentido común: «a veces lo mejor es enemigo de lo bueno» y él respeta el orden natural (cf. 1 Tm. 2, 15). Pablo conoce al hombre en sus elementos constitutivos —lo veíamos—, y conoce también a los hombres en las menudas peripecias de la vida y valora por ello el ambiente moral, la educación, el temperamento y hasta la geografía; sabe que en muchas oca-

de la salud. habría que hablar en Pablo mejor de un «cristianismo humano» que de un «humanismo cristiano»: cf. *Les valeurs humaines...* B 40 (1959) 804.

siones más vale una palabra graciosa, compasiva, conmovida o irónica que un discurso bien estructurado, más vale un gesto para mover y conmover que un principio jurídico aducido; para él no existe el hombre despersonalizado sino en su propio horizonte y situación: si judío, si gentil, si casado, si esclavo... Mientras que a diferencia de los pensadores clásicos, y aun del mismo Jesús, no se interesa del mundo físico y de la naturaleza inanimada, le interesan sobremanera las actividades del hombre, sus negocios, sus relaciones sociales y jurídicas, sus torturas psicológicas... Bajo este respecto —y sólo bajo éste— se le ha podido calificar como «un pensador existencialista»³³.

—Confieso que no me canso de ir siempre descubriendo con mayor claridad esta vena humanísima y vital de Pablo porque es un consuelo exquisito constatar de hecho, que no sólo a priori, cómo la entrega sin reserva a Cristo y al ideal apostólico ni merma los valores humanos ni atrofia y ciega la apertura ancha de quien conoce y ama la vida. Por este camino y pulsando esta cuerda creo también que San Pablo tiene mucho que decir al hombre moderno—.

La II a los Corintios por ser más personal es la carta del triunfo del sentido común en un hombre tremendamente apasionado como es Pablo: con tal matización nos transmite resonancias muy especiales del alma del Apóstol, nos descubre, por ejemplo, cómo sabe introducirse cuando las relaciones se han hecho tirantes, cómo interesar y corregir, que es a la postre lo que persigue...: «somos vuestra gloria y vosotros la nuestra —¿vale pensar en la camaradería del común destino aun frente a Dios?— para el día de Jesús Señor nuestro» (1, 14); «hermanos, si yo os apeno ¿quién me va a alegrar a mí? ya que mi gozo es el de todos vosotros» (2, 2s.)...

Tratándose de un hombre de tan arrebatadora personalidad creo que merece un punto de atención ese difícil problema de saber pedir por el modo cómo él lo ha resuelto y sabemos que con pingüe resultado económico. Nos referimos a la gran colecta en favor de la iglesia madre de Jerusalén que Pablo tomó con gran empeño por múltiples motivos (caridad, sentido y sentimiento judíos, mantener relaciones amistosas con los recelosos jefes jerosolimitanos...); es tanto más de destacar este empeño cuando Pablo ni sabe ni quiere pedir nunca para sí.

Estamos también en II Corintios. Empieza, sin duda para encelarlos —cf. Rm. 11, 11 ss., donde Dios encela a los judíos por la predicación a los depreciados y despreciables gentiles—, ensalzando la generosidad de los tesalonicenses quienes, pobres, se desbordaron en generosidad hasta darse así mismos! a tánto llegó su esfuerzo y sacrificio personal! (8, 1-6) lo que

33. HOLZNER, *El mundo...*, 317.

no podía dejar indiferentes a los vanidosos corintios³⁴. Y prosigue en seguida: «mas, como vosotros en todo os aventajais..., aventajaos también en esto... Pongo a prueba la hidalguía de vuestra caridad. Ya sabeis —no podía faltar ni aun aquí el toque sobrenatural— que Cristo por vosotros quedó pobre... (vv. 7-15); a ver si ante los macedonios vamos a quedar avergonzados (9, 4), preparadlo con largueza que podeis así provocar muchas acciones de gracias a Dios por vuestra generosidad! Gracias a Dios por su inenarrable dádiva!» (vv. 5-15). Algo parecido ocurre con el billete a Filemón.

Otro rasgo de su sentido común o de su sentido de orientación en el mundo es su *obsesión del prestigio*. La califico de «obsesión» no por gusto de desgarro y sensacionalismo sino por la repetida insistencia con que aflora a su pluma. Ha sido a propósito del dinero cuando Pablo ha formulado la norma secreta que sigue sobre el particular: para la colecta ha enviado a Tito, bien acreditado entre ellos por su desinterés y a otro hermano (?) de prestigio en toda la iglesia (cf. Act. 20, 4) «evitando así que nadie nos pueda poner tacha con motivo de esta importante suma que pasa por nuestras manos; porque estamos atentos a hacer lo que es bueno no sólo a los ojos del Señor, sino también a los ojos de los hombres» (2 Cor. 8, 20 s.). Es lo que nosotros llamamos «ser bueno y parecerlo», que también lo segundo es importantísimo (cf. 1 Tes. 5, 22) y no se opone a que no busque el agrado del mundo que para él bien muerto está (cf. Gal. 6, 14); pero quiere con su conducta «cortar de raíz todo pretexto a quienes buscan pretextos» (2 Cor. 11, 12), que nadie reciba motivo de tropiezo para que su ministerio no sea objeto de irrisión (2 Cor. 6, 3).

Y los fieles no sólo han de obrar lo justo y puro, también «cuanto hay de decoroso, de amable, bien reputado, digno de alabanza» (Fil. 4, 8); con los de fuera han de proceder con prudencia, con palabras sazonadas de sal y buena gracia (Col. 4, 5). Que los cristianos vayan a dirimir sus litigios ante los paganos le irrita y le pone en la pluma una de sus expresiones más cáusticas (cf. 1 Cor. 6, 1. 4 s.).

En las últimas cartas acentúa si cabe, esta atención al prestigio de los jerarcas ante los gentiles. Es necesario que el obispo goce de buena reputación de parte de los de fuera para que no caigan en el descrédito él y la comunidad que preside (1 Tm. 3, 7); la buena fama es para Pablo excelente condición para el apostolado y la acción influyente de la Iglesia. Por ello incumbe a todos los fieles mantener y acrecer ese prestigio realizando estupenda labor de apostolado: «deseo que las jóvenes se casen... que no den al adversario ocasión alguna de hablar mal» (5, 14; cf.

34. Toussaint admira la agudeza de Pablo que ha introducido los móviles de la emulación en la ascética cristiana, cit. ALLO, *L'Épître aux Cor.*, 228.

Tit. 2, 5. 8): que los esclavos cristianos traten a sus amos con honor «para que el nombre de Dios y la doctrina no sean blasfemados» (6, 1). Spicq en su magnífico comentario a las Pastorales escribe: «se puede decir con toda verdad que las Pastorales elaboran una moral del honor» (o. c. 292).

A su delegado le recomienda el tacto en el desempeño de su ministerio con la bondad sensata y solícita con que el padre anciano orilla al hijo las dificultades y tropiezos del camino: «al anciano no le increpes con dureza, sino exhortale como a padre —las categorías humanas y tradicionales siguen conservando su valor...—; a los jóvenes como a hermanos; a las ancianas como a madres; a las jóvenes como a hermanas en toda pureza; a las viudas hónralas...» (1 Tm. 5, 1-3), siempre con blandura y mansedumbre (cf. 2 Tm. 2, 24), que es como hacerlo todo en caridad.

En la vida corriente se manifiesta dueño de la situación, basta releer con atención Act. para convencerse cf. 16, 27; 22, 25; 23, 6; 25, 10; 27, 10. 31...

La ironía aun afrontando graves problemas religiosos la maneja con soltura y por ella vemos cómo Pablo no pierde contacto con la realidad, con lo criterios del común de los hombres cf. 1 Cor. 6, 4; Gal. 5, 12!; 2 Cor. 11... Desciende de detalles tan significativos como la receta de un poco de vino que hará bien a la salud de Timoteo 1 Tm. 5, 23...

2. LIBERTAD Y PASTORAL. — En los Hechos de los Apóstoles que Harnack ve como el «*Vexilla Regis prodeunt*» de la palabra, San Lucas subraya hasta una docena de veces que los Apóstoles y Pablo —el verbo en exclusiva aplicado a nuestro héroe en 9, 27s.: 13, 46; 14, 3; 19, 8; 26, 26; la única excepción va referida a Apolo en 18, 26— proclamaban el mensaje cristiano con franqueza y osadía —*parresía, parresiazesthai*— como una de las características más llamativas de su actuación. La primera intervención apostólica de Pablo y su últimos gestos captados en Act. son esta libertad y decisión con que realiza su empeño misional (9, 27; 28, 31).

El mismo Apóstol se autodescribe así en diversas ocasiones con la santa osadía que le viene de Dios para gritar el Evangelio contra viento y marea (cf. 1 Tes. 2, 2), osadía que es franqueza —él la contrapone al rostro velado de Moisés en 2 Cor. 3, 12 s.— y confianza y decisión y empuje aun entre cadenas y tranquila seguridad (cf. 2Cor. 7, 4; Ef. 6, 19 s.; Fil. 1, 20). La referencia a los profetas, que Renan comparó con los tribunos populares, es espontánea; a hombres de esta fibra nada ni nadie puede hacerles callar, les bulle dentro la palabra como pleamar incontenible, como fuego devorador. La fuente que mana de Dios y hace florecer tan encendida osadía es la verdad del mensaje y la certeza de la propia misión junto con la confianza en la ayuda divina; humanamente es la conciencia de la fidelidad sincera que le cubre las espaldas y que no es orgullo porque

lo sabe también esta obra de la gracia. Es la seguridad inconvencible que da la humildad auténtica.

El trabajo humano está en el esfuerzo celoso que Pablo pone por conservar su independencia; si de algo se gloria —«aunque no conviene»—, de cara a los hombres es de no deber nada a nadie, de no haber reportado ganancia alguna de su apostolado —aun reconociendo su licitud cf. 1 Cor. 9—, de haberse mantenido económicamente independiente gracias a su penoso trabajo de guarnicionero o constructor de tiendas —¡con qué énfasis «ministraverunt manus istae»! Act. 20, 34— y gracias a su ascesis dura por la que sabía pasar hambre (cf. Fil. 4, 12) que ha sido bien frecuente en su vida tormentosa (cf. 2 Cor. 11, 27). Para un hombre de esta reciedumbre no son problema el hambre ni la necesidad (cf. Rm. 8, 35); no ha admitido más excepción que con sus predilectos y fidelísimos filipenses, sus primogénitos europeos, a quienes se lo agradece como él sabe hacerlo (cf. Fil. 2, 25. 30; 4, 10. 18).

Pablo es también santamente celoso de la libertad de los fieles de la que se ha erigido campeón en la carta a los Gálatas amenazados de las cadenas judaizantes (5, 1. 13 cf. Col. 2, 20); ni siquiera consiente que se aten a los predicadores porque son más bien éstos quienes les pertenecen (cf. 1 Cor. 1, 12; 3, 5. 21 ss.). Mantenido el puesto y papel de la jerarquía contra toda ilusión iluminista, Pablo abre amplísimas perspectivas a los valores democráticos de esta sociedad sobrenatural: los fundamentos —en su frecuentada imagen arquitectónica— son primordiales, pero están ciertamente en función de la posterior estructura...

La fe, que es entrega a Cristo, y su indomable natural han resuelto en Pablo la paradoja del hombre que por amor al Señor y por dedicación total a su mensaje se ha hecho «esclavo de todos» y se ha mantenido indomable e insobornable, como los profetas de la Biblia, con la limpieza que pone en sus gestos decisivos el hombre que ha suprimido de raíz el egoísmo en sus criterios y en su acción sobrenatural.

3. PASTORAL Y TERNURA. — No es que busquemos precisamente el contraste entre la santa libertad y coraje que acabamos de apuntar y lo que ahora prometemos. La verdad es que en nuestra búsqueda humilde y sincera que prometíamos al principio, nos encontramos con el contraste aludido, y no ciertamente el menor, en la riquísima personalidad de San Pablo, y por ende, entre los rasgos individuantes de su acción pastoral.

No insisto en aspectos muy interesantes, pero más conocidos; por el momento terminamos nuestro buceo con la temática de la ternura —amabilísima quintaesencia de la caridad— que no he encontrado subrayada por ningún comentarista.

Pablo necesita la amistad. le abrumba la soledad (cf. Act. 17 y 1 Tes. 3, 1:

sólo por el gran amor y la preocupación viva con que sigue la suerte de los tesalonicenses se resigna a quedarse solo en Atenas; Act. ha reflejado perfectamente la tensión síquica del Apóstol en tal trance). Provoca a su paso amistades fuertes, se conmueve y llora de gozo cuando los fieles están dispuestos hasta dar sus ojos por él (Gal. 4, 15). La traición de los amigos le tortura y amarga (cf. 2 Tm. 4, 10 ss.). Es agradecido y atento (cf. Fil. 4): sus cartas concluyen con saludos numerosos que certifican cómo los amigos no se diluyen ni siquiera en el ámbito de una iglesia local. Nombra a sus colaboradores porque es un honor que se merecen, porque él no es envidioso de los adláteres y porque sabe que a ellos les agrada esta prueba de delicadeza con su desinterés y colaboración en plano de segundones.

En esta temática es interesante anotar algo sobre su mentalidad respecto de la mujer. Se le ha tachado de antifeminista por lo de los velos como símbolo de la sujeción al varón, el silencio en las reuniones litúrgicas..., elementos típicos de su formación rabinica. Pero en realidad Pablo, abierto siempre a la lección de la vida, comprendió bien pronto que las mujeres eran las mejor dispuestas a recibir el mensaje porque «la palabra» llevaba mucha vibración de ternura, de liberación cf. Act. 16. Por ello no desdeña su ayuda, se aprovecha de sus servicios y colaboración para sí y para la difusión del evangelio; al final de Rm. nombra hasta ocho de ellas; exalta su labor en la formación de Timoteo que él completó después (cf. 2 Tm. 1, 5; 3, 15; 1 Tm. 4, 6...). Se preocupa de las viudas como problemas de la iglesia ciertamente y como problema de profundas resonancias humanas. A Cristo metido en nuestra historia le ha definido precisamente como «factum ex muliere» (Gal. 4, 4). Tras la disquisición rabinica sobre la caída de los primeros padres y tras haber asentado que la seducida fue Eva y no Adán, ve la salvación de la mujer en algo tan entrañablemente femenino como la maternidad... cf. 1 Tm. 2, 15.

Es un hecho que en sus últimos escritos Pablo se interesa de modo particular por la belleza, de las 44 veces que aparece el término *kalón* en el Nuevo Testamento 24 pertenecen a las Pastorales³⁵. Belleza que me parece ser la resultante de su optimismo. El Apóstol no es pesimista a la hora tan propicia del crepúsculo, máxime cuando un hombre se encuentra en la cárcel. Conoce los estragos del pecado, sabe la fuerza insólita con que van a florecer las herejías, reciente está la más dolorosa herida que es para él la de la traición de los amigos; a pesar de todo, Pablo sabe que para los creyentes, para quienes creen en Dios y aman a Cristo «toda criatura es hermosa» (1 Tm. 4, 4).

Recapitulando las cualidades pastorales que Pablo exige en quienes

35. Cf. Spicq, *Les Epitres...*, 290-297.

presiden en la Iglesia diríamos que cuajan un tipo ideal de medida, de gravedad, de elegancia espiritual sin que se les pidan virtudes extraordinarias: reputación sin tacha, con mujer digna e hijos bien educados, hombres capacitados para la enseñanza, sin vicios groseros, hospitalarios, prudentes, justos, continentales, con celo por la verdad (cf. Tit. 1, 6-9; 1 Tm. 3, 1-13).

En las exhortaciones morales hay siempre un filón abundoso de humanismo; arguye de modo directo buscando la vibración personal de lo mejor que hay en el hombre, la sinceridad. Por su parte pone tal pathos personal que los pecados y desórdenes parecen afectarle a sus propios intereses por su identificación con Cristo y por la totalización radical con que ha vaciado su esfera personal en la que no quedan valores ni intereses extraños a Cristo. Toda la personalidad de Pablo es pastoral, sacerdotal; fuera de lo religioso, de lo cristiano, no hay en él núcleo alguno de actividad neutra o profana: también en la órbita social está profundamente cristianizado.

Concluimos este rápido espiguelo recomendando la lectura del *Saludo a Filemón* que en su brevedad y tono familiar nos descubre toda el alma grande de Pablo.

El sentido sobrenatural, la capacidad de ternura, el sentido común, el valor humano y religioso de la amistad, la más entrañable compasión y entrega generosa florecen aquí con pujanza. Justo las flores más hermosas de su alma y de su Pastoral.

Es el lector quien con manejo asiduo de las cartas del apóstol Pablo ha de completar el ramillete multicolor y oloroso en que ha cuajado el afán generosísimo con que se ha entregado a Cristo y a los hermanos uno de los hombres de más capacidad de amor y sacrificio de cuantos ha forjado la religión de Jesús.